

Literatura comparada, Literatura mundial y el síntoma de lo nacional



Manuel Abeledo

Universidad de Buenos Aires - CONICET, Argentina
manuelabeledo@gmail.com

Enviado: 28/12/2017. Aceptado: 31/07/2018.

Resumen

El trabajo sigue detalladamente la historia del modo en que se construye el comparatismo en Francia y el modo en que la tradición continúa hasta hoy en día, especialmente en Estados Unidos, tratando de demostrar que su razón de ser como disciplina se encuentra, en un principio, en la necesidad de complementar el modelo instaurado por los estudios de las literaturas en su contexto estrictamente nacional, y que su surgimiento está completamente subordinado a la hegemonía de estas literaturas nacionales. Estudia, además, determinados momentos sintomáticos en que, liberándose de esa hegemonía, su objeto de estudio y metodología se vuelven más imprecisos, y la disciplina acusa recibo de los inconvenientes de esta amplitud. Finalmente, argumenta que el modo en que se articula el comparatismo en el ámbito de los estudios culturales norteamericanos revela un anclaje en ciertos espacios hegemónicos, contruidos en primera persona, que vuelve a poner en primer plano el problema de la identidad nacional.

Palabras clave

*Literaturas comparadas
Literatura mundial
Literaturas nacionales
Estudios culturales
Historia de las disciplinas*

Comparative Literature, World Literature and the Symptom of the Nation

Abstract

This paper follows with detail the history of the way in which comparative literature is born in France and the history of its tradition until today, especially in the United States. It intends to show that the reasons of the discipline emergence are the need to complement the model imposed by the study of literature in its strictly national context. In fact, we will show that this emergence is completely subordinated to the hegemony of those national literatures. Moreover, the article studies certain symptomatic moments in which, by getting rid of that hegemony, its object of study and methodology become more imprecise; actually, the discipline acknowledges receipt of the inconveniences brought by that amplitude. Finally, the paper argues that the way

Keywords

*Comparative Literature
World Literature
National Literature
Cultural studies
Discipline history*

in which comparatism is articulated in the field of American cultural studies reveals a basis in determined hegemonic spaces, built in first person, that puts again at the forefront the problem of national identity.

No hay texto dedicado a la historia de las literaturas comparadas que no incluya la obra de Mme. Germaine de Stäel, *De l'Allemagne*, como uno de sus precursores o textos inaugurales. El texto tiene como meta subsanar la ignorancia existente en Francia acerca de su vecino nororiental, y especialmente combatir los prejuicios que son causa de la indolencia y el desinterés que presiden esa ignorancia. Pero los obstáculos que primeramente se interpondrán frente a tal empresa serán de un tipo notoriamente más tangible. El volumen verá la luz en el exilio, en Londres, en 1813, tres años después de entregado por primera vez a la imprenta. Allí la autora agregará un prólogo, narrando los sucesos de 1810:

Au moment où cet ouvrage alloit paroître, et lorsqu'on avait déjà tiré les dix mille exemplaires de la première édition, le ministre de la police, connu sous le nom du Général Savary, envoya ses gendarmes chez le libraire, avec ordre de mettre en pièces toute l'édition, et d'établir des sentinelles aux diverses issues du magasin, dans la crainte qu'un seul exemplaire de ce dangereux écrit pût s'échapper. [...] Au moment où l'on anéantissoit mon livre à Paris, je reçus à la campagne l'ordre de livrer la copie sur laquelle on l'avait imprimé, et de quitter la France dans les vingt-quatre heures (1813: vii-ix).

Madame de Stäel no oculta su sorpresa, segura como estaba de haber eludido asuntos políticamente escabrosos: “j'y gardois le même silence sur le gouvernement actuel des Français que dans mes écrits précédents” (1813: v), “je m'étois cependant interdit dans ce livre, comme on le verra, toute réflexion sur l'état politique de l'Allemagne” (1813: vii). Escribe una carta al General Savary, que le devuelve una respuesta que Madame copia entera en su prefacio. Allí el ministro de la policía le indica las causas de la prohibición y de su exilio:

Il ne faut point rechercher la cause de l'ordre que je vous ai signifié dans le silence que vous avez gardé à l'égard de l'Empereur dans votre dernier ouvrage [...]. Il m'a paru que l'air de ce pays-ci ne vous convenait point, et nous n'en sommes pas encore réduits à chercher des modèles dans les peuples que vous admirez.

Votre dernier ouvrage n'est point Français; c'est moi qui en ai arrêté l'impression (1813: x).

El episodio no puede resultar más elocuente: el intento de difundir la cultura de otro país europeo, de promover un intercambio gentil de expresiones e ideas, de buscar los puntos de contacto efectivos y latentes con el propio terruño constituye una falla o una carencia en la glándula nacionalista, y se castiga, de hecho, como la traición a la patria.

Vale la pena recordar este episodio fundacional¹ para pensar las dificultades que tendrá el comparatismo para abrirse camino todo a lo largo de todo el siglo XIX. Es un lugar común (y cierto) decir que el paradigma comparatista pierde una batalla con el modelo de las literaturas nacionales (véase, por ejemplo, Sinopoli, 2002: 31-33). Las vicisitudes de Madame de Stäel parecen advertir que el asunto va un poco más allá que una divergencia entre *epistemes*.

En 1830 Jean-Jacques Ampère, junto con Abel-François Villemain “los verdaderos padres de la literatura comparada” (Weisstein, 1975: 62), pronuncia su lección inaugural en el Ateneo de Marsella, y sus palabras son consideradas, ahora sí en sentido

1. ¿No llaman la atención, vale la pena apuntarlo, las muchas coincidencias con el prólogo de nuestro *Facundo*? En ambos casos el autor – narrador es sometido al exilio, y en ese momento destaca su carácter ilustrado a partir de una intervención atada a lo extranjero, y se diferencia así de una autoridad policial que se comporta de manera brutal, en ambos sentidos del término.

estricto, el puntapié inicial de la tradición comparatista. Ampère es optimista en relación con la perseverancia de los bajos impulsos nacionalistas que atacaban a Madame de Staël dos décadas antes: “Depuis quelques années, il s’est fait un grand progrès à cet égard; on a senti que c’est le propre de la barbarie ou de la demi-civilisation de mépriser tout ce qui n’est pas elle” (1830: 21). En efecto, todo el discurso que pronuncia conduce a una unidad propia del fundamento comparatista, cuyo sentido último reside en “se transporter d’un pays à un autre pays, d’un temps à un autre temps” para “reconnaître son unité d’essence et d’origine” (1830: 33). Ahora bien, vale la pena detenerse un instante en el pasaje, unas páginas antes, en que presenta el hecho comparatista: “la comparaison des diverses poésies n’est point un amusement inutile de l’esprit. C’est un moyen de mettre en saillie ce qu’elles ont de caractéristique, à l’aide des rapprochements ou des contrastes” (1830: 30). Tres cuestiones llaman la atención allí: en primer lugar, el gesto defensivo con que inicia el pasaje, poniendo en evidencia que, más allá del optimismo antedicho, está tratando una disciplina cuya legitimidad no está asegurada. En segunda instancia cabe destacar que, en esta presentación, el comparatismo es una disciplina que pone dos elementos en comparación. Permítaseme el gesto tautológico para recordar que se trata de un gesto inaugural (o al menos posteriormente tomado como tal), y señalar, sin que pase desapercibido, que el momento en que una disciplina decide hacerse cargo de las literaturas extranjeras para estudiarlas, no ya como las *literaturas nacionales de otro*, sino en conjunto y en vínculo con la propia, decide hacerlo a partir de una iniciativa metodológica que es particularmente restrictiva, no solamente en la definición de un método (el cotejo de similitudes y diferencias) sino esencialmente de un *corpus*: dos elementos (no todos ni muchos ni los que haga falta, sino dos) y dos elementos concretos (no dos culturas, géneros o tradiciones). El tercer punto que quisiera destacar es el retorno a la unidad que implican las conclusiones (aunque, hay que decir, varios pasajes posteriores, incluido el citado arriba, contradicen esta afirmación): si se comparan *dos cosas* es para poner de relieve lo que *cada una de ellas* tiene de característico. Esto entra en consonancia con la prioridad de la identidad y pertenencia nacional de toda literatura que, lejos de ser puestas en cuestión, aparecen categóricamente afirmadas cuando Ampère habla del “génie national” (1830: 18) y del fundamental “rapport secret des langues et de la poésie” (1830: 20).

En 1846 el otro gran precursor, Abel-François Villemain, publicaba en el marco de su *Cours de littérature française* el *Tableau de la littérature du Moyen âge en France, en Italie, en Espagne et en Angleterre*. El prefacio iniciaba y culminaba con dos frases muy similares: “Pour la première fois, dans une chaire française, on entreprenait l’analyse comparée de plusieurs littératures modernes qui, sorties des mêmes sources, n’ont cessé de communiquer ensemble, et se sont mêlées à diverses époques” (1850: i); “en réunissant sous un point de vue comparé les premiers développements de l’esprit humain dans une partie de l’Europe au moyen âge, en montrant leur unité et leur diversité, un travail même incomplet devient utile” (1850: iv). Los pasajes reparan en las fuentes comunes de las literaturas modernas, la unión de sus sentidos, su entrelazamiento. El espíritu es en todo momento el que intenta pensar las literaturas occidentales, coincidentes en sus orígenes y fuentes medievales, como un conjunto que comparte una esencia de espíritu que trasciende las fronteras nacionales. La presencia en ambas citas del término “comparado” resulta visiblemente disruptiva: ¿por qué un corpus que constituye una unidad de conjunto debiera ser “comparado”? ¿En dónde se sostiene la preeminencia unitaria como objeto de estudio de cada una de las “varias literaturas modernas”, de cada uno de los “primeros desarrollos del espíritu humano en una parte de Europa en la Edad media”? El espíritu que preside el prefacio de Villemain es visiblemente más amplio y más unitario que el cotejo entre dos unidades independientes que propone el método comparatista o, si no se trata de éste como tal aún, la idea misma de la comparación.

Mucho más tarde, en 1893, Joseph Texte publicará en la *Revue sur l'enseignement* un artículo donde describirá el comparatismo como una disciplina ya plenamente definida. Allí sostiene lo siguiente:

La historia literaria tiene una tendencia manifiesta a dejar de ser nacional o local y convertirse en europea e internacional. Las relaciones entre las distintas literaturas entre sí, las influencias que ejercen y reciben, las influencias morales o meramente estéticas que se derivan de este intercambio de ideas, todo ello, en suma, constituye una materia de estudio todavía casi nueva y que, según creemos, preocupará cada vez más a los historiadores. Es posible, incluso, que lleve en sí el germen de un nuevo método para la historia literaria.

El estudio comparado de las obras literarias no es una novedad. Entre los antiguos se practicó la comparación ocasionalmente, pero nunca se elevó al rango de un método [...]. Para que tengan lugar estos estudios es necesario que la literatura se conciba como la expresión de un estado social determinado, tribu, clan o nación (1998: 21-22).²

2. Las referencias a este trabajo de Joseph Texte provienen de la traducción de algunos fragmentos incluidos en el volumen editado por María José Vega y Neus Carbonell, tal como sucede con el trabajo citado de Henry Remak más adelante; también proviene de allí la traducción, esta vez completa, del trabajo de Benedetto Croce citado más abajo. También está brevemente resumida la traducción al inglés que uso más abajo para citar el artículo de Hugo Meltzl, que proviene del volumen editado por David Damrosch, Natalie Melas y Mbongiseni Buthelezi. Está, en cambio, completa la traducción al inglés del trabajo de Georg Brandes que citamos de la misma compilación. Todas las referencias se encuentran, desde ya, en la bibliografía.

Varias cuestiones de interés se desprenden del pasaje. 1) Evidentemente continúa existiendo una dicotomía polémica entre el estudio de las literaturas nacionales y las comparadas. 2) Esa dicotomía disputa espacios disciplinares, aproximaciones teóricas y metodológicas, espacios institucionales y educativos, pero no alcanza a una polémica sobre la naturaleza del objeto literario. 3) El objeto, la “materia de estudio” del comparatismo es una serie de fenómenos contingentes, y no un corpus determinado: las diferentes relaciones existentes entre literaturas de distintas naciones. Lo que va a salvar al comparatismo de las críticas que sufre son, en sentido estricto, los *hechos*: Cervantes *es efectivamente* leído en Inglaterra y en Francia, Flaubert en Alemania y Portugal, Goethe en Italia y España. Y no solamente son leídos esos autores *extranjeros*, sino que ejercen una profunda y reconocida influencia en la producción literaria de los autores autóctonos de esos países foráneos en que son leídos. 4) Al definir esa materia como “casi nueva” y depositar una esperanza en el futuro Texte da cuenta de que todavía es una disciplina que dista de ser hegemónica. 5) Si ese objeto es contingente y fragmentario, además de antiguo, lo que permite que haya una disciplina es que el comparatismo “se elevó al rango de un método”, que le es propio. 6) La inscripción estrictamente nacional de las literaturas permanece incuestionada, y es incluso la condición de posibilidad para el comparatismo, que se dedicará de ahora en más a demostrar que los compartimientos son sólo un poco menos estancos. Texte expone esto de manera mucho más clara y nítida en un pasaje de la introducción que escribe en 1900 al ensayo bibliográfico sobre la disciplina que publica Louis-Paul Betz:

À vrai dire, c'est même l'opposition de ces diverses “âmes” nationales qui a donné naissance à la critique comparative, telle que nous la concevons aujourd'hui. Elle est née, non pas d'un désir d'unir les nations entre elles, non pas du cosmopolitisme à la façon du XVIII^e siècle, mais, bien au contraire, d'une tendance à défendre le génie de chaque nation contre l'influence des nations voisines (1904: xxiv).

¿Qué es lo que ocurrió entonces con el comparatismo en la segunda mitad del siglo XIX? Más de veinte años antes, del otro lado del Rin, Hugo Meltzl publicaba en 1877, en la revista que estaba fundando, los *Acta comparationis litterarum universalium*, un manifiesto de la disciplina cuyo título era “Tareas actuales de la Literatura Comparada”. La relación entre literatura nacional y comparación era allí la misma que repasamos en Texte: “Literature and language are closely related; the latter being substantially subservient to the former, without which the servant would have not only no autonomy but no existence at all” (2009: 42). O bien:

The high aims (no to say tendencies) of a journal like ours would be gravely misunderstood or intentionally misrepresented if anybody expected us to infringe upon the national uniqueness of a people. [...] It is, on the contrary, the purely national of all nations that Comparative Literature means to cultivate lovingly (2009: 45).

Hans Ulrich Gumbrecht estudia el modo en que a partir de la década de 1860 Gaston Paris funda, basándose en las enseñanzas de su maestro alemán Friedrich Diez, la filología románica en Francia: "Gaston Paris's affinity for German scholarship lies [...] above all in his perspectives on national identity as a panorama that can be achieved by discovering and appropriating the hitherto unknown elements of national history" (Gumbrecht, 1986: 25). Como se verá, la perspectiva está claramente enfocada en la literatura nacional, no solamente porque el objetivo de los estudios es el de iluminar la identidad nacional, sino porque, al suponer que éste se revela en cada uno de los momentos y detalles de la historia de un pueblo, está suponiendo que es ese carácter nacional precisamente el que está dotando de esencia y sentido las manifestaciones de su terruño, y en ese sentido la pertenencia cultural e identitaria de los documentos es inequívoca. Ahora bien, en 1865 Léon Gautier calificaba (muy elogiosamente) la *Histoire poétique de Charlemagne* que Gaston Paris había publicado ese mismo año como "la critique allemande pénétrant enfin dans les oreilles et dans les esprits des savants français" (1865 : 654). La cuestión que aparece planteada en la definición de Gautier es evidente: ¿qué implica descubrir la identidad nacional a través de una teoría que tiene sello de extranjería? El comparatismo, veíamos arriba, parecía nacer en una tensión acerca de la naturaleza nacional o transnacional de su objeto. La descripción de Gautier de la filología dice algo más, pone en escena que el dispositivo teórico metodológico y el texto crítico que resulta pueden también ser juzgados como más o menos *nacionales*; se puede encontrar en el excelente volumen de Ursula Bähler (2004: 59-73) un resumen de las diferentes reacciones que el método alemán de Paris provocó, y que provocó precisamente por ser alemán.

Todo parece indicar que la valoración de la filología alemana da un vuelco cuando en 1870 estalla la guerra franco-prusiana, con los resultados conocidos. Sostiene Bähler que "le besoin de renforcer l'identité nationale par le biais d'une reconstruction historique du 'génie' français n'a été fortement ressenti par des cercles plus vastes qu'après et suite à la guerre de 1870-71 [...]. C'est à partir de ce moment, en effet, que la philologie romane comme discipline a pris son envol" (2004: 297). Sólo cinco años después del comentario al libro de Gaston Paris, Gautier presenta una "Chronique" de la guerra, teñida de la desesperanza y la decepción que el momento deparaba a un francés, escrita seguramente unas pocas semanas después del fin de la guerra y publicada en la entrega de abril de 1871 de la *Revue des questions historiques*. Sostiene allí que la razón de la derrota está en la "pourriture intime" (1870: 496) de su país, que atribuye principalmente a un problema de formación académica, especialmente en sus oficiales de alto rango, y a la diferencia en este sentido con los oficiales alemanes. Dice Gautier: "Nous avions devant nous une nation qui fait scientifiquement la guerre; oui, qui la fait géographiquement, physiquement, chimiquement. Car le Prussien se bat de la même façon qu'il critique un texte, avec la même précision et la même méthode" (Gautier, 1870 : 497-498). El mismo método filológico que dos años antes desentrañaba la identidad nacional ahora es el agente de su derrumbe, y aun así es tomado como el modelo admirable que justifica y explica una victoria militar aplastante. Por si queda alguna duda acerca de si algo permanece de esa independencia metódica, basta leer la solución propuesta:

Si nous n'en revenons pas franchement au système des Universités, nous sommes perdus. Les Universités, c'est la force de l'Allemagne et le secret de ses triomphes. Mais gardons-nous de croire que ce sera là un emprunt servile, fait à nos plus intimes, à nos plus mortels ennemis. Non, non: les Universités sont d'origine catholique (1870: 504-505).

No hace falta demasiada suspicacia para sospechar que el “cuidémonos de creer” de Gautier afirma más de lo que niega la subordinación francesa al modelo alemán. R. Howard Bloch retoma la cita del párrafo anterior para sostener que “French reaction to the losses of 1870 was largely to emulate the German model” (1990: 40), dando cuenta de un cierto complejo de inferioridad francés de posguerra que llevaría a la adopción total de los métodos alemanes. Según Bloch, el modo de disimular los orígenes germánicos del nuevo modelo estará dado por la misma naturaleza de ese modelo. Dice Gautier: “En Allemagne [...] on y fait de la science solide; [...] on y arrive à donner à toutes les sciences la précision des mathématiques” (1870 : 506). Será la precisión misma del modelo alemán, entonces, su mismo carácter científico y cientifizante el que lo desenraizará de su origen y lo transformará en una ciencia objetiva. Bloch describe este proceso:

Those responsible for the institutionalization of the discipline in France [...] sought, in reaction to the perception that philology was a German science, to objectify philology, [...] they endeavored to restrict the task of the medievalist to that of a compiler of facts, an amasser of details, which in their totality would supposedly further the progress of useful knowledge (1990: 41).

Recapitulando, la filología francesa se entrega a la siguiente paradoja: se sirve de un modelo crítico que es extranjero y, mucho peor, de su enemigo declarado, para formar la idea de una literatura nacional, y nacionalista. El modo en el que subsana esa paradoja es el de transformar la naturaleza misma de ese modelo (la precisión y el fuerte asiento sobre el dato concreto y comprobable) en aquello que lo priva de todo origen nacional espurio: la precisión, el dato, la objetividad (la *ciencia*, a fin de cuentas) son valores en sí mismos, no hay por qué concederles ciudadanía alemana. Ursula Bähler explica, de manera sugerente, el modo en que la adopción francesa de la filología alemana opera a partir de dos movimientos: restricción y método (2004: 284-288). De este modo, ese gesto de objetivación filológico es también un gesto de restricción, lo que será para nosotros un problema fundamental.

En 1911, bajo el seudónimo de Agathon, Henri Massis y Alfred de Tarde recopilan y amplían una serie de artículos publicados el año anterior en *L'Opinion* en el libro *L'Esprit de la Nouvelle Bourbonne*. El diagnóstico que hacen en su prefacio es muy similar al que, veíamos recién, planteaba el estudio de Bloch:

Par un sentiment, d'ailleurs tout français, de sincérité intellectuelle, –sentiment qui fut ici imprudemment porté à l'extrême– nous en vîmes, la première aversion surmontée, à tenir pour admirable l'entière civilisation de nos vainqueurs. Qu'il y eût un lien logique, intelligible, entre notre système d'études classiques et la capitulation de Metz, comme aussi bien entre la méthode des Universités allemandes et l'envahissement de Paris, c'est ce que tout le monde admit, sans que nul ait jamais pu d'ailleurs formuler ce lien avec la moindre précision (Massis & de Tarde, 1911: 12).³

Los autores denuncian además que, en consonancia con la abstracción universal que se hace de ese modelo filológico, esta adopción se da convirtiendo el tipo de universidad alemana en un tipo ideal, y de allí en un tipo universal (1911: 14). Señalan, asimismo, dos elementos que nos van a resultar interesantes. En primer lugar, hablan en tiempo presente de un movimiento de resistencia y rechazo contra la adopción del modelo filológico alemán (1911: 8) encarnado en la juventud universitaria (1911: 11), juventud de la que se erigen en voceros y que dará el título del libro que publican dos años más tarde y que expondrá la misma esperanza (1913: 28-31). En segundo lugar, es interesante cómo ponen por escrito la impresión de que el método filológico implica, antes que nada, una restricción:

3. El pasaje es citado por Bloch (1990: 40) al lado del de Gautier de 1870, que citamos más arriba, y a esa cita agradezco conocer estas líneas y los textos de sus autores que trabajo aquí. Sin embargo, debo señalar dos correcciones a la referencia de Bloch. En primer lugar, en lugar de atribuir el pasaje a este volumen de 1911 en el que se encuentra y que citamos aquí, lo ubica en *Les jeunes gens d'aujourd'hui*, volumen publicado por los mismos autores con igual seudónimo en 1913 y que comentamos a continuación. Allí, donde Bloch ubica la cita, hay sólo una breve referencia en nota al mismo fenómeno que describían: “Le prestige de cette philosophie germanique ne remonte, si l'on excepte Renan, qu'à la guerre de 1870, qui a accredité l'idée de la supériorité intellectuelle des peuples germaniques” (Massis & de Tarde, 1913: 107). La segunda corrección, y probablemente de mayor importancia, se debe a que Bloch cita el pasaje como una afirmación similar, y de igual sentido, a la de Gautier, que menciona inmediatamente antes, cuando en realidad, como se puede ver aquí en el párrafo citado por extenso, el momento de esa afirmación no es más que una suposición que se pone por escrito sólo para ser negada.

Mais la Sorbonne, qui a pour rôle de former des professeurs, des éducateurs de la jeunesse, et non des érudits, pouvait-elle, sans danger, donner à son enseignement les caractères d'une école spéciale de recherches philologiques? Dans la hâte où l'on fut d'abandonner tout le passé, on rejeta la rhétorique, la philosophie, l'histoire générale, pour contraindre les étudiants à poursuivre, dès leur entrée à la faculté, des tâches menues et spéciales d'érudition (1911: 14-15).

Desde ya, no es posible tomar el libro de Agathon (de una impronta notoriamente conservadora, hay que decirlo) como una descripción y un análisis precisos y confiables de cuarenta años de estudios universitarios franceses, ni hay por qué aceptar su tesis, compartida por Bloch, de que el método filológico se apoya en un problema de autoestima. Pero me parece que sí dan muy buena cuenta de una percepción interna de los movimientos que se dieron en esas décadas en el ámbito académico, y de un humor que circula en las primeras décadas del siglo XX. Y nos interesan especialmente porque resultan particularmente coincidentes con lo que veíamos en pasajes de *Texte* comentados más arriba. Por un lado, la presencia ineludible de un impulso nacionalista que resulta en un dispositivo muy activo dentro de los estudios literarios. Por el otro, un enorme valor dado a la precisión y al método por la tradición académica, y la restricción de los posibles horizontes de estudio que eso implica.

Esos estándares académicos son los que el comparatismo de fin de siglo heredará para su trabajo: precisión concreta y objetiva, por un lado, espíritu nacionalista, por otro, y el hecho de que eso que el comparatismo llamará en adelante un método no es en realidad mucho más que una restricción. El enorme problema de la dimensión transnacional de la literatura se reduce ahora a una serie de contactos precisos y objetivos que tienen entre sí fenómenos nacionales delimitados, preexistentes y en general reducidos, o al menos discretos. En fin, me parece que lo que este recorrido pone en evidencia es que lo primero que tuvo que buscar el comparatismo en Francia en el siglo XIX y en las primeras décadas del siglo XX fue un *permiso*, una licencia para existir, para constituir un objeto que fuera considerado válido, pero, sobre todo, que no fuera considerado antipatriótico “à une époque où les philologues se servant des méthodes scientifiques développées en Allemagne étaient, par là même, suspects de haute trahison” (Bähler, 2004: 86). Con la objetividad científica el comparatismo dice o cree ganar para sí una disciplina, pero lo que de verdad está negociando allí es ese permiso. Su precio será, en primer lugar, el de una violenta restricción de sus espacios de competencia, de una reducción que la disciplina a su vez mencionará como método, aunque difícilmente uno encuentre efectivamente tal cosa. En segundo lugar, perderá la chance de ser una disciplina de objeto y espíritu transnacional, para dedicarse a ser observadores de un tránsito de literaturas que empieza y termina dentro de unas fronteras nacionales muy bien establecidas.

En 1919, apenas terminada la Primera guerra, Massis y de Tarde dan a la imprenta la undécima edición de *Les gens jeunes d'aujourd'hui*, esta vez, aunque sin renunciar al seudónimo, con sus nombres verdaderos en tapa y con un nuevo prefacio, fechado en enero de ese mismo año. En ese nuevo prólogo piensan esa reedición como un homenaje a esa misma juventud que en el libro se prefiguraba como una promesa y que en los hechos heroicos de la Primera guerra mundial acababa de hacerse realidad (1919: a). En segundo lugar, el libro podrá ser tomado ahora como un primer análisis de esa juventud que hoy conforma una “matière humaine nouvelle” (1919: c) y que hará rodar la historia de Francia por venir. Desarrollarán en el nuevo prefacio esa *nueva materia humana* en una colección de virtudes morales y, aunque ninguna de ellas implica una renuncia a la filología alemana (algunos trazos con que se delinea el “realismo” de esa juventud parecieran coincidir en espíritu con el afecto filológico por el dato concreto y objetivo; 1919: i-l), el prefacio dice igualmente en nota:

Comment ne pas noter ici un autre pressentiment de cette jeunesse, celui du péril que faisait courir à notre culture une admiration servile pour les méthodes d'enseignement germaniques? Nous avons exprimé ses répugnances dans l'Esprit de la Nouvelle Sorbonne. Cette défense de la culture française, tout le monde s'y rallie aujourd'hui, et l'Université la première, qui revient à sa mission conservatrice de l'esprit français. Mission qui grandit brusquement par la victoire. Le prestige de notre culture a vigoureusement reverdi durant cette guerre. Nos alliés –américains et autres– viendront nous demander demain cette formation spirituelle qu'ils allaient chercher dans les universités d'Allemagne (1919: b).

¿No llama en algo la atención la repentina equivalencia entre el lugar que ocupaban las universidades alemanas y el que ahora ocupa la francesa, tan inconmensurables como parecían seis años antes? De hecho, en una supuesta dependencia entre méritos militares y académicos que sigue resultando sorprendente, todo parece indicar que son “esta guerra” y “la victoria” las que “engrandecen la misión y reverdecen el prestigio de la cultura francesa”. El lugar de la academia francesa, al menos desde la percepción que se deduce del nuevo prólogo, ha dado el medio giro en la rueda de la fortuna que le permite estar en la cima, y para ello resulta que no necesitaba ni una renuncia a los métodos filológicos alemanes ni una transformación radical del espíritu de sus investigaciones sobre la literatura nacional, sino tan sólo y sencillamente una buena victoria militar sobre sus vecinos del Rhin.

Dos años más tarde, en 1921, Fernand Baldensperger y Paul Hazard fundan la *Revue de littérature comparée*, y su primer número inicia, a modo de presentación, con un artículo del primero que es fundamental para el presente estudio. Comienza, en principio, defendiendo a la disciplina de quienes la cuestionan. El gesto nos resulta relevante, porque es precisamente eso lo que venimos analizando hasta aquí: las fintas a las que el comparatismo se ve obligado para convertirse en una disciplina, las definiciones a las que es forzado por sus enemigos. ¿Qué es, entonces, lo que Baldensperger necesita demostrar que la literatura comparada *no* es? “Ce trop ingénieux divertissement qui consiste à instituer des parallèles entre des oeuvres ou des hommes vaguement analogues” (1921: 5-6). Es decir, un ejercicio que se reduce a una búsqueda de términos de comparación cuyo vínculo no existe más que en la más delgada superficie, y que no tiene en su génesis misma, en su sentido profundo, nada que justifique esa aproximación:

Aucune clarté explicative ne résulte d'une comparaison qui s'arrêterait à ce regard simultané jeté sur deux objets, à ce rappel, conditionné par le jeu des souvenirs et des impressions, de similitudes qui peuvent très bien n'être que des points erratiques mis fugitivement en contact par une simple fantaisie de l'esprit (1921: 7).

Este inicio de Baldensperger es particularmente llamativo por varias razones: 1) Desde ya, iniciar la presentación de una revista dedicada al comparatismo con el relevo de las objeciones que sufre da cuenta de que aún la disciplina no se percibe a sí misma hegemónicamente consolidada en el ámbito académico. 2) Nótese, la objeción a la que responde no ha sido una verdadera crítica a la que la disciplina haya sido sometida, ni que haya generado un conflicto particular en su conformación. 3) Tanto el mal comparatismo que aparece como objeto de la crítica como el bueno que implícitamente surge de la oposición dan por sentado que el objeto de la disciplina se constituye en el cotejo de dos elementos concretos y puntuales. 4) La oposición entre el buen y el mal comparatismo, basada enteramente en la existencia o no de un vínculo profundo entre los dos elementos comparados, pone ya en evidencia el apoyo que va a tener la disciplina sobre los contactos fácticos y su desconfianza frente a los meros aires de familia. 5) El rasgo central del mal comparatismo está en “el juego de los recuerdos y las impresiones”, los “puntos

erráticos”, la “simple fantasía del espíritu”, es decir, en términos generales, en las fuerzas de la subjetividad. El antídoto contra ese mal estará en el método riguroso, y en la objetividad de las formas de la investigación científica. 6) La definición del mal comparatista como el que se entrega a “divertimientos demasiado ingeniosos” pone en evidencia un contraste claramente construido entre ingenio y disciplina, entre aficionados y profesionales.

Pero probablemente lo que se deja ver aquí y que más nos interesa es que nada se dice acerca de la objeción al comparatismo que sí había sido central hasta entonces, es decir, sobre el cuestionamiento nacionalista, que queda completamente desplazado. Mejor dicho, queda invertido: el nacionalismo es un lastre, un vicio de origen del que el comparatismo supo afortunadamente desembarazarse: “Au départ, voici, dans la plupart des cas, le vieil antagonisme des doctrines, des habitudes et des goûts, compliqué par surcroît de susceptibilité patriotique. [...] Laharpe ou Lessing, Johnson ou Baretti, avec des mérites divers, cherchent dans la ‘comparaison’ des armes offensives ou défensives” (1921: 10). Pero el asunto no es meramente un problema ligado a la identidad nacional, sino también uno teórico: el comparatismo tuvo que luchar con la hegemonía de “les idées auxquelles Taine, chez nous, a peu à peu attaché son nom” (1921: 16) y que suponían una equivalencia demasiado estrecha entre la obra literaria y *race, milieu et moment*.⁴ A tal punto la subordinación del comparatismo a las leyes y los límites de las literaturas nacionales ha desaparecido que Baldensperger supone para las comparadas una autonomía tal que permite incluso un aporte “externo” de éstas a las nacionales: “La littérature comparée a d’abord aidé les dogmatismes post-classiques à se dissoudre et les points de vue nationaux à se définir” (1921: 29).

El otro punto que nos va a interesar centralmente del texto de Baldensperger es su diagnóstico sobre el estado de la disciplina. Sostiene que el comparatismo ha tenido, hasta ese momento, dos grandes corrientes: una mejor encarnada en Gaston Paris, que “s’efforçait de ramener à des éléments simples, traditionnels les divers thèmes sur lesquels vivent les littératures” (Baldensperger, 1921: 20), y otra, representada principalmente por Ferdinand Brunetière, que “étendait et précisait les interrelations visibles entre les séries nationales des oeuvres littéraires” (Baldensperger, 1921: 20). Pero ambas por igual han llegado (y unos cuantos años antes, como veremos) a un punto muerto: “l’une et l’autre variétés de l’histoire comparée des littératures voyaient contester leur efficacité, mettre en question cette sorte de légitimité intérieure sans laquelle il n’est pas de labeur qui vaille” (1921: 22). Llegamos, así, al primer diagnóstico de crisis (más adelante hablará de la “crise qui nous domine encore” (1921: 28) de la disciplina enunciado desde sus propias huestes, primero de los muchos que a partir de ahí harán de las crisis del comparatismo un hecho de ciclos frecuentes.

Al ver qué es lo que está puesto en cuestión de cada una de estas dos vertientes quedará en claro, me parece, que Baldensperger no les otorga el mismo peso, y la vertiente de Gaston Paris llevará claramente las de perder. En primer lugar, porque la crítica atacará mucho más directamente al núcleo central de sus teorías: el autor retoma las críticas de Joseph Bédier, para quien la búsqueda del origen de un relato resulta inútil si se considera su probable origen poligenético (1921: 23). Resulta evidente también la gran diferencia que existe en el espacio que le dedica a las teorías de uno y de otro: mientras despacha en un párrafo las de Gaston Paris con el argumento de Bédier recién mencionado, dedica varias páginas a discutir las teorías de Brunetière. Y también muestra la atención privilegiada sobre éste, finalmente, el hecho de que sea sobre las objeciones hechas a él que Baldensperger construye su propuesta de salida a la crisis del comparatismo: si aquél tomaba como objeto el canon de las literaturas nacionales como un corpus fijo, estable rígido y

4. Según Ulrich Weisstein, esta liberación se daba ya a finales del siglo anterior: “Este interés sociológico [...] dominó durante bastantes décadas el comparatismo francés en su estadio primitivo. Uno de los principales responsables fue Hippolyte Taine, cuyo dogma sobre la importancia de *race, milieu et moment* dejó de ejercer influencia hacia fines del siglo XIX” (1975: 60).

5. Tomando como punto de partido el estatus del teatro decimonónico como objeto de estudio, Shanon Marcus (2011) expondrá de modo particularmente lúcido e interesante las mismas objeciones, noventa años más tarde.

predeterminado (Baldensperger 1921: 24),⁵ este propone construir un corpus propio que pose una mirada más atenta sobre los testimonios secundarios o bastardos y permita dar mejor cuenta de la movilidad del sistema literario (1921: 25-26).

Quisiera llamar fuertemente la atención sobre la siguiente coincidencia: el mismo texto en el que, por primera vez en la historia de la disciplina, el comparatismo se coloca más allá y por encima de los cuestionamientos hechos por las literaturas nacionales, en que no necesita aclarar que no atenta contra ellas ni que el fin último es resaltar mejor sus particularidades, en que se permite cuestionar de hecho los sustentos teóricos mismos que impulsan una fuerte vinculación de las literaturas con su territorio de origen, el mismo texto, en fin, en el que la disciplina se declara la victoria en un combate en el que se sintió perdiendo durante más de cien años, ese mismo texto es el que al mismo tiempo declara una crisis del comparatismo. Las literaturas comparadas se liberan del peso que las oprimía para entrar en un “punto muerto”, y no me parece aventurado suponer que existe una relación causal entre ambas cosas. Si el comparatismo se había definido en un recorte severo de sus competencias, justificado bajo la forma de un método preciso, para defenderse de las impugnaciones provenientes de los ámbitos dedicados a las literaturas nacionales, entonces es lógico que cuando esa relación de subordinación se invierta ese método y ese recorte queden expuestos, pedaleando en un aire con notorio gusto a poco. Baldensperger encuentra el estallido de esa crisis del comparatismo en el *Congrès d'histoire comparée des littératures* de 1900 (véase Weisstein, 1975: 66-68), el mismo año en el que Texte prologaba la bibliografía de Betz: evidentemente es un período de pleamares y bajamares, de cosas que no terminan de cuajar y otras que no terminan de nacer, de cruces generacionales. Para pensar que son éstas las potencias que entran en juego, recordemos que sólo tres años después, en 1903, ve la luz el texto fuertemente crítico hacia la disciplina de Benedetto Croce, donde encuentra, precisamente, que el objeto del comparatismo es excesivamente reducido e incompleto, “no hay estudio más árido que una investigación de esta naturaleza” (1998: 33), y que cualquier intento de transformarlo en un campo que abarque más integralmente el fenómeno literario termina igualándolo a las disciplinas de los estudios literarios llanas y simples. Una vez más, la restricción de objeto y metodología está resultando injustificada. No llama la atención, por ende, que la siguiente exposición sobre la naturaleza de la disciplina que encontremos decida operar principalmente a partir de una significativa ampliación del objeto de estudio.

Paul van Tieghem publica en 1924 *Le préromantisme*, y en su prólogo, fechado en noviembre del año anterior, introduce con claridad una nueva subdisciplina del comparatismo, la “littérature générale”, que “embrasse les faits qui appartiennent à plusieurs littératures” (1947: 11) y elimina “les éléments locaux et personnels, pour ne laisser subsister que l'essentiel et le permanent” (1947: 13). El hito fundamental que van Tieghem dejará a la disciplina es su primer manual en sentido estricto, de 1931, *La littérature comparée*, que cuenta con una tercera parte dedicada enteramente a la literatura general, que superaría las restricciones, reconocidas explícitamente, que implicaba la sola acumulación de vínculos binarios (1946: 170).

Ahora bien, pareciera que la inclusión de la literatura general no alcanzó para superar la crisis que veíamos en el texto de Baldensperger. En la introducción van Tieghem sostiene que el problema principal de los estudios literarios es el de la amplitud, y que es necesaria por ende una “division du travail”: la existencia de “une discipline particulière” que “prolongera en tous sens les résultats acquis par l'histoire littéraire d'une nation, les rejoindra à ceux que, de leur côté, ont acquis les historiens des autres littératures”, y que por ende “ne prétendra nullement remplacer les diverses histoires littéraires nationales: elle les complétera et les unira” (1946: 16-17). Aunque coincide en cierta impugnación de los primitivos

impulsos nacionalistas (1946: 24), evidentemente no ha sido el camino planteado por Baldensperger el que sigue van Tieghem en este aspecto: el corpus, el canon e incluso el estudio filológico más detenido de las obras literarias están delegados en las literaturas nacionales⁶ en una división del trabajo que es llamativamente similar a la que propondrá setenta años después Franco Moretti y que resultará tan polémica, como veremos abajo. Más adelante, en el pasaje en que responde a diversos cuestionamientos a la disciplina, lo deja aún más en claro:

La littérature comparée n'est pas une science à part: c'est un groupement artificiel de problèmes et de résultats dont chacun doit s'intégrer à l'étude de la littérature particulière à laquelle il se rapporte.

Cette objection serait en partie recevable si l'esprit de l'homme, et même celui des professeurs de littérature, n'était pas borné dans sa capacité de chercher et de connaître. Nous avons déjà marqué dans notre *Introduction* l'impossibilité absolue pour l'historien d'une littérature déterminée de prolonger et de pousser ses recherches dans les autres littératures (1946: 47).

¿No es asombrosa la confesión de parte que implica esta afirmación? La literatura comparada no tiene un corpus ni un método propios: lo único que impide al investigador de una literatura nacional ocuparse de aquello que hace el comparatismo es un problema de aliento. Lo que justifica la comparación es, entonces, una necesaria economía de recursos humanos que obliga a la segmentación, y que tendría al comparatista como agente de vinculación. Nótese: el edificio de la disciplina se sostiene sobre el hecho de que el estudioso tradicional, históricamente abocado a una literatura nacional, *no puede* estudiar el resto. Con este argumento van Tieghem reemplaza el impulso original del comparatismo, que se apoyaba en el supuesto de que ese tal estudioso de lo nacional *no quería* estudiar el resto, y en muchos casos ni siquiera *permitía* que otro lo hiciera como ejercicio legítimo. El argumento es, entonces, una muestra más de que, una vez que las comparadas cuentan con el permiso que necesitaban, eso implica paradójicamente que pierden el suelo sobre el que pisaban. Van Tieghem se refugia en la especificidad del método, al que dedica la segunda parte del libro, y que curiosamente resulta difícil de encontrar en sus páginas: el método comparatista pareciera consistir en cosas tan básicas y generales como constatar datos de forma precisa, atender al detalle y al dato concreto, leer fuentes secundarias, conocer la tradición, las lenguas⁷ y las historias de las literaturas con las que se trabaja (1946: 60-69). De hecho, comienza diciendo explícitamente que “ses méthodes sont en partie les mêmes que celles de l'histoire littéraire nationale, en partie plus spéciales et adaptées à sa tâche particulière” (1946: 60): o los métodos son idénticos, o son los mismos especiales y adaptados, pero nunca parecen ser lisa y llanamente diferentes.

En 1951 Marius-François Guyard publica un nuevo manual, igualmente titulado *La littérature comparée*, con prefacio de Jean-Marie Carré, que evidentemente no estaba muy satisfecho con el que había publicado van Tieghem veinte años antes: sin decir su nombre (aunque sí menciona en nota el artículo de Baldensperger de 1921 como “le premier exposé d'ensemble”: Carré, 1951: 5) declara que “la littérature comparée n'est pas la littérature générale”, y que “ces grands parallélismes [...] risquent, à être trop systématiques, trop étendus dans l'espace et dans le temps, de verser dans l'abstraction, l'arbitraire ou la nomenclature” (1951: 6).⁸ Su prefacio, breve como es, da cuenta de una percepción muy distinta de la que veíamos en sus predecesores. Comienza con una preocupación idéntica a la que encontraremos en Estados Unidos veinticuatro años más tarde: “La littérature comparée jouit actuellement en France d'une vogue aussi encourageante que préoccupante. [...] Cet engouement si stimulant menace d'être anarchique. [...] La notion de littérature comparée doit être, une fois de plus, précisée” (1951: 5). Nótese ahora sí la total superación de todo conflicto

6. Más adelante parecerá, sin embargo, seguir los pasos de su predecesor en este sentido (1946: 63, 67).

7. El conocimiento de lenguas es, por razones obvias, un asunto que siempre fue central para la construcción de la identidad del comparatista: véase, por ejemplo, en este sentido, el “principio de poliglotismo” de Meltzl (2009: 44 y ss.).

8. Guyard, en la introducción, vuelve a atacar la literatura general de van Tieghem, esta vez sí con nombre y apellido (1951: 7-8).

en la consolidación de la disciplina: no solamente no sufre amenazas externas, ni del nacionalismo ni de nadie más, no necesita empezar respondiendo a sus críticos, sino que está, por el contrario, siendo protagonista de un éxito, en términos de legitimación *externa*, asombroso. Sin embargo, es precisamente ese éxito el origen de una nueva amenaza que se cierne sobre la disciplina, esta vez de naturaleza *interna*. Ahora bien, me interesa señalar esto muy especialmente: esa amenaza en ningún momento cuestiona el recorte metodológico del comparatismo que veníamos viendo. La única desmesura que conduce al caos es la de “comparer n’importe quoi et n’importe quoi, n’importe quand et n’importe où” (1951: 5). Los límites difusos del comparatismo no se tensan porque las masas de nuevas generaciones francesas estén tratando de hacer una historia literaria en sentido amplio, porque aboguen por la *Weltliteratur* y la *littérature générale*, porque estén dando rienda suelta a la interdisciplinariedad, o porque aborden objetos extraliterarios. No, el caos se debe solamente al exceso de la multiplicación de *comparaciones*, un exceso restringido a la práctica precisa y concreta que Francia había otorgado a la disciplina, lo que Guyard, ya en su introducción, prefiere llamar “l’histoire des relations littéraires internationales” (1951: 7). No es otra cosa, quizás más mecánica, quizás con menos fundamento, quizás con alguna desmesura, quizás con alguna liviandad. El manual de Guyard es, finalmente, un claro gesto conservador: probablemente mucho más claro y pedagógico que el de van Tieghem, pretende fijar la disciplina en los mismos límites en que éste la había encontrado veinte años antes y en los mismos términos en que la había definido, exceptuando, desde ya, su capítulo sobre la literatura general. Baste como prueba de este carácter conservador y de la persistencia de caracterizaciones (y problemas) precedentes el hecho de que el capítulo dedicado a objeto y metodología, los dos aspectos más críticos para la definición del comparatismo como disciplina, apenas se aparta de lo dicho por sus predecesores hace más de veinte años, y no resuelve, ni pretende resolver, ni acusa recibo de ninguno de sus problemas (1951: 12-26).

Como suele ocurrir, un gesto conservador ante lo que se sale de cauce termina siendo un gesto de clausura. Aun buscando en estudios teórica y metodológica-camente cercanos no lograremos encontrar en años siguientes una defensa cerrada del comparatismo a la vieja usanza como la de Carré. Mucho más sencillo será, especialmente en las últimas tres o cuatro décadas, encontrar referencias a un hito que tendrá lugar, siete años después de su libro, en el Segundo Congreso de la Asociación Internacional de Literatura Comparada de Chapel Hill. Allí René Wellek expondrá el trabajo, sobre el cual volveremos, que dictaminará una nueva crisis de la disciplina y que ha sido efectivamente tomado como un quiebre de aguas. El volumen de Guyard de 1951 será entonces, el último hito antes del fin de lo que Claudio Guillén prefirió llamar “la hora francesa” y el inicio de la “hora americana” (1985: 66, 82).

Repasemos la historia paralela del comparatismo norteamericano para ver cómo llegamos a esa crisis de los ‘50. El punto de referencia inicial obligado para el comparatismo anglosajón proviene, en realidad, de Nueva Zelanda: es un profesor de la Universidad de Auckland, Hutcheson Macaulay Posnett, el que utiliza casi por primera vez,⁹ como título de su libro publicado en Londres en 1886, el sintagma en lengua inglesa “Comparative Literature”. En principio, el texto de Posnett no es la excepción en torno a la primacía otorgada a la pertenencia nacional de las literaturas:

National literature has been developed from within as well as influenced from without ; and the comparative study of this internal development is of far greater interest than that of the external, because the former is less a matter of imitation and more an evolution directly dependent on social and physical causes (1886: 81).

9. “The term ‘comparative literature’ had gained entrance in the English-speaking world first through a lecture course that Charles Chauncey Shackford gave at Cornell University in 1871, and in the inaugural lecture to which he expatiated upon the discipline” (D’haen, 2012: 18).

No puede dejar de llamar la atención el “estudio comparativo del desarrollo interno”, que pareciera negar de plano toda tensión entre literaturas comparadas y nacionales y, de hecho, negar también las diferencias en el objeto de estudio. La explicación de esta diferencia se encuentra en el objetivo último:

The central point of these studies is the relation of the individual to the group. In the orderly changes through which this relation has passed, as revealed by the comparison of literatures belonging to different social states, we find our main reasons for treating literature as capable of scientific explanation (1886: 86).

El problema principal para Posnett no es el de superar las fronteras nacionales, sino el de conseguir un método científico. La comparación le da ese método, pero principalmente porque su objetivo central será el de comparar *procesos*, el de comparar diferentes *modelos* de relación entre literatura y sociedad, y no diferentes *naciones*. Objetivo y objeto son radicalmente diferentes de lo que veíamos en Francia, y eso dará principalmente en la medida en que la frontera nacional no es una variable de primer orden para pensar qué está dentro y qué fuera de la disciplina comparatista. Comparaciones entre estadios cronológicos de un mismo territorio son tan válidos para el estudio como los contrastes entre naciones, y diferentes naciones, por el contrario, pueden formar parte de un mismo proceso. Esto se ve especialmente claro en el modelo que Posnett propone para su estudio científico de la literatura. Para él hay un modo natural de evolución de un ámbito literario que tiene como fin último la consagración de su mayor instancia de progreso, que es la constitución de una literatura nacional. Para que esto ocurra es necesario pasar por una serie de etapas previas: primeramente, una literatura de clan, encerrada en sí misma, a continuación, una “comunidad (*commonwealth*) de ciudades” y, como último paso previo antes de alcanzar la literatura nacional, una “literatura mundial”. Este paso previo resulta notoriamente llamativo, y Posnett lo sabe (1886: 240), pero según él,

since it is clearly impossible to treat of national progress in Europe without allowing great weight to these powerful influences, it would be highly inconvenient to pass from the city commonwealth to those national groups whose internal and external developments have owed so much to days of world-empire and world-literature (1886: 241).

Venimos de estudiar la enorme dificultad que tiene Francia para legitimar un estudio del contacto entre literaturas nacionales que permita pensar, y moderadamente, la existencia de una dimensión internacional o transnacional de la literatura. Veremos más adelante que la literatura mundial de Goethe, y de Marx y Engels, propondrá la superación de los provincialismos nacionales como una evolución de las literaturas nacionales. El planteo de Posnett es la inversión de toda la tradición europea que lo precede: no solamente piensa que las literaturas nacionales constituyen la necesaria evolución de un estadio literario de naturaleza transnacional, sino que además considera que esa dimensión transnacional es una instancia asumida plenamente y superada, sobre la cual las literaturas nacionales se asientan y a partir de la cual construyen sus formas. Las teorías de Posnett no fueron muy populares ni tuvieron mucha descendencia,¹⁰ pero dan cuenta ya, me parece, de una autonomía en relación con la tradición francesa que vimos más arriba que se cimenta, como vimos, sobre una concepción muy distinta del modo en que se vinculan dialécticamente las literaturas comparadas y las nacionales.

Diez años más tarde Arthur Richmond Marsh, profesor en Harvard de Literatura Comparada (véase Levin, 1994: 14), escribe un artículo para las *Publications of the Modern Language Association* titulado “The Comparative Study of Literature”. Si algo llama la atención en su trabajo, al menos a la luz de lo visto hasta aquí, es la absoluta

10. D’haen (2012: 63) encuentra algunas similitudes con los planteos de Beecroft (2008, véase también 2013, 2015).

despreocupación que Marsh muestra por el problema de la dimensión nacional en relación con la definición de lo que llamará “the comparative method of studying literature” (1896: 163), lo que se ve nítidamente en la liviandad con la que descarta a Taine, cuyo libro es “by universal consent a failure” (1896: 161). Pero el contraste se verá más nítidamente en su definición, o manifiesto, sobre la tarea de la disciplina: “To examine, then, the phenomena of literature as a whole, to compare them, to group them, to classify them, to enquire into the causes of them, to determine the results of them –this is the true task of comparative literature” (1896: 166). Las fronteras nacionales no están siquiera mencionadas en este plan, no han sido casi tenidas en cuenta, y la idea de una disciplina que funciona de bisagra entre dos cosas distintas se diluye en una concepción del todo que implica la comparación no como un objeto sino como un método, y como un método que conecta fenómenos literarios, no las naciones ni sus literaturas, de manera similar a lo que ya aparecía en Posnett.

En 1903 George Woodberry, profesor de literatura comparada en Columbia, funda el *Journal of Comparative Literature*. En el “Editorial” a su primer número la generalidad que atribuye al estudio del comparatismo salta a la primera mirada: sus estudios surgen en un momento de ampliación de las fronteras, y en ese marco “goes to its goal in the unity of mankind found in the spiritual unities of science, art and love” (1973: 211). Woodberry se mostrará muy consciente de que sus asertos superan en mucho los alcances de la disciplina francesa, concediendo que “it may perhaps seem to some of us that the subject of international influences is not the main road of our travel” (1973: 214). Se diferencia también de la tradición europea que “has dealt with the externals of literature, [...] and in this has been greatly indebted to the habits of erudition fostered by German methods” (1973: 212). Nótese cómo la disputa francesa en torno a la precisión y la restricción de los métodos alemanes se da en el marco de un planteo que es *en su origen*, y no como reacción, la teorización de un comparatismo de amplias dimensiones.

En el mismo año Charles Mills Gayley, profesor en Berkeley, publica en *The Atlantic Monthly* un artículo destinado a defender la nueva publicación de Woodberry, y supone una puesta por escrito más explícita de estas diferencias. Allí Gayley afirma que una de las cosas que abarca el comparatismo es “a field of investigation, —the literary relations existing between distinct nationalities: the study of international borrowings, imitations, adaptations. And to recognize such relations as incidental to national growth is of the utmost importance— social as well as literary”, y se deduce que “this attention to literary relations is, of course, the consequent of the study of literatures as national: first the history of each literature; then the historic relations between literatures” (1903: 57-58). Gayley tiene claro el límite que impone el comparatismo francés que hemos comentado, y resuelve ese límite suponiendo que la suya no es más que una de las tareas a las que se dedica el comparatismo, cosa que dice explícitamente (1903: 67). Por otro lado, encontramos su opuesto: la creencia “in an essential, historical oneness of literature. And that is the working premise of the student of Comparative Literature to-day: literature as a distinct and integral medium of thought, a common institutional expression of humanity”, y es en esta lectura del comparatismo en la que Gayley sitúa a sus predecesores, Posnett y Marsh, como polos opuestos del comparatismo francés (1903: 59),¹¹ y reconoce ya en esa tendencia que lo central no es un objeto de estudio sino la aplicación de un método. De hecho, más que un método, lo que introduce es lo que será uno de los rasgos centrales de la “hora americana”, que es la perspectiva fundamentalmente teórica: “From this conception of the material as a unit, scholars naturally advance to the consideration of its development, the construction of a theory” (1903: 59). La negación del papel que jugaban las fronteras en el viejo continente es clara: “The comparison is not alone between diverse national literatures, but between any elements involved in the history of literature, or any stages in the history of any

11. También en la tercera, que es la que utiliza la comparación como método científico, y que se apoya en la práctica de la comparación tal como se ha utilizado por siglos antes de que exista una disciplina (Gayley, 1903: 60).

element” (1903: 61). Y daría la impresión de que, en algún punto, entrevé que la dilusión de esas fronteras es en algún sentido la dilusión de la disciplina cuando afirma que “The Comparative Literature of to-day, based upon the sciences of which I have spoken and conducted in the scientific method, is literary philology, — nothing more nor less” (1903: 68).

Lo que me parece que se hace evidente en el recorrido por estos autores es que, cuando en 1958 René Wellek plantea la crisis de la literatura comparada entendida al modo francés, los términos de ese cuestionamiento se venían gestando hacía mucho ya en los Estados Unidos, de hecho, desde los comienzos mismos de la disciplina. Wellek comienza sosteniendo lo que veíamos más arriba, sobre todo cuando repasábamos el libro de van Tieghem: a pesar de que la hora francesa insiste en la rigurosidad de su método, éste no termina de hacerse visible, “the most serious sign of the precarious state of our study is the fact that it has not been able to establish a distinct subject matter and a specific methodology” (1963: 282). La existencia misma, como realidad disciplinar recortada del resto, de los estudios de influencia aparece cuestionada al decir que duda de que “the attempt to distinguish between ‘comparative’ and ‘general’ literature, made by Van Tieghem, can succeed” (1963: 283), y que ésta sólo existe debido a que éste, “his precursors and followers conceive of literary study in terms of nineteenth-century positivistic factualism, as a study of sources and influences” (1963: 285). Qué propone, entonces, Wellek como salida a la crisis: un cambio, una liberación, una reorientación hacia la teoría, la crítica literaria y la historia crítica (1963: 294). Me parece evidente que su planteo está apoyado en lo que el comparatismo fue y pensó desde sus inicios en la academia norteamericana. La verdadera crisis es la que genera la guerra y el exilio, la que hace a un comparatista austríaco exiliarse en Estados Unidos, como buena parte de su generación, y poner así en contacto, y en roce, ambas tradiciones. Resulta claro, de hecho, en su trabajo que la teoría es norteamericana, el punto de vista es norteamericano pero el terreno es europeo: da completamente por sentado que el comparatismo es una disciplina europea, que su hegemonía es europea, y que aquel con el que se debe dialogar (y polemizar) es con su máxima autoridad francesa, Paul van Tieghem.

Tres años más tarde, en 1961, Horst Frenz y Newton Stallknecht publicaban el volumen *Comparative Literature: Method and Perspective* con un artículo de otro exiliado europeo, Henry Remak, “Comparative Literature: Its Definition and Function”. Remak planteaba allí problemas similares a los expuestos por Wellek, pero esta vez, en vez de pensar en una crisis, cosa que es, en el fondo, una confrontación entre pasado y futuro, planteaba la dicotomía en términos nacionales como una contraposición entre una escuela americana y una francesa. Las diferencias básicas entre ambas son las que vimos hasta aquí, y que son en general puntos que resultaron críticos para la constitución del comparatismo francés: su factualismo positivista vs. la crítica literaria norteamericana, fragmentarismo francés basado en cruces binarios vs. síntesis a gran escala estadounidense, y, principalmente, la definición misma de la frontera que habilita el gesto de bisagra del comparatismo: mientras los franceses consideran que la diferencia entre dos términos de comparación es siempre un problema de pertenencia nacional, el comparatismo norteamericano supone cualquier elemento que implique una diferente constitución discursiva, especialmente “las relaciones entre la literatura y otras áreas de conocimiento o de opinión, como las artes [...] la filosofía, la historia, las ciencias sociales [...], las ciencias naturales, la religión, etc. En resumen [...] la comparación de la literatura con otros ámbitos de la expresión humana” (1998: 89).

La solución amplificadora de Wellek y Remak también tiene sus problemas. Me parece que esos problemas se pueden poner de relieve revisando cómo siguió su curso la “hora americana”, y eso puede hacerse a partir de un objeto muy particular,

y especialmente interesante. En 1960 se funda la *American Comparative Literature Association*, y tiene en su estatuto la obligación de hacer un *report* sobre el estado del área cada diez años. En el mismo acto fundacional encomienda la preparación del primer informe, que ve la luz en 1965, y que estará a cargo de un grupo de nueve especialistas entre los que se contará Wellek y que presidirá Harry Levin. Lejos de diagnosticar una crisis, el informe comienza hablando del enorme crecimiento institucional que el comparatismo americano mostró en la década precedente, lo que lleva al informe a proponer ciertas precauciones en términos académicos e institucionales, que es básicamente a lo que se dedica. El informe Levin no muestra más, en realidad, que la preocupación de un grupo de académicos universitarios por el modo en que su disciplina se desarrolla en términos prácticos en sus universidades, concentrados en mucho mayor medida en el problema educativo antes que en el de la investigación y la producción de conocimiento científico. Las polémicas intercontinentales están allí tan desterradas que todo el planteo está centrado en la necesidad de manejar varios idiomas y en la relación con las especializaciones en literaturas nacionales. La disciplina se enmarca así como lo que en algún momento propone, dando un ejemplo de un posible curso de preparación, como “literary problems transcending national limits” (Levin 1995: 23), y dice muy claramente que “there is no reason why we should neglect what has been validly established by our predecessor and colleagues across the sea” (1995: 25).

Diez años después, como estaba establecido, en 1975 se lleva a cabo el segundo informe, encargado esta vez a un comité de ocho especialistas presididos por Thomas Greene. A pesar de que también se dedica a un problema centrado en el espacio universitario y de corte institucional, lo que ocurre allí es particularmente sugerente. El informe comienza señalando las virtudes de sus predecesores, dando cuenta de cierto elitismo en su propuesta, que proponía estándares muy elevados. Fuera o no deseable ese alto nivel de exigencia, no fue lo que efectivamente ocurrió en la década que siguió y de la que da cuenta el nuevo informe. Lo que efectivamente ocurrió es un crecimiento de velocidad asombrosa: “There are now ‘entities’ [...] administering Comparative Literature at 150 institutions in this country, a figure twice that when the Levin Report was submitted, and rising every year” (Greene, 1995: 30). La percepción que surge de todo el informe Greene, y lo que propone en buena medida en términos explícitos, es que ese crecimiento además de veloz fue desproporcionado, mal fundamentado y completamente descontrolado,¹² y da cuenta así de una crisis que nada tiene que ver con la planteada por Wellek.¹³ La preocupación es clara: “There is cause, we believe, for serious concern lest the trends now transforming our discipline, taken in the aggregate, not debase those values on which it is founded” (1995: 31). Más nítidamente aún:

The authors of the present report cannot of course hope to resolve any of the issues facing our discipline. But they can hope to alert their colleagues to what they see as dangers; they can recommend academic norms and goals for the present which in their judgement perpetuate the best of the past: and they can suggest means by which the American Comparative Literature Association might affect the direction of standards in the future (1995: 32).

Tal es la preocupación que el informe termina recomendando “the creation of a permanent Evaluation Committee” (1995: 36). Las medidas propuestas tienden, en principio, a la reducción. En primer lugar, “overpopulation in our graduate schools will be reduced if we weigh scrupulously the credentials of each applicant for admission” (1995: 33). Pero, por sobre todas las cosas, lo que indicarán es siempre una prudencia sobre las zonas en que los límites de la disciplina se ensanchan. Si los programas interdisciplinarios “have a salutary role to play in reorganizing our patterns of knowledge”, también es cierto que “the crossing of disciplines involve a

12. De hecho, debo decir que no comparto el optimismo de Ali Behdad y Dominic Thomas cuando leen allí que “the Greene Report emphasizes the value of crossing disciplinary boundaries and challenges the ‘elitism’ of the earlier report” (2011: 2).

13. Pareciera que la verdadera crisis es en realidad algo más tardía, como expondremos a continuación, y que la fecha de 1958 se establece como un hito *a posteriori*. No solamente los dos primeros informes de la ACLA en nada acusan recibo de esa transformación, sino que incluso el detallado y concienzudo relevamiento histórico hecho por Ulrich Weisstein en 1968 no parece siquiera necesitar mencionarla (1975: 105-120).

relaxing of discipline". Si el crecimiento del interés en literaturas no europeas "is another development we can welcome", es necesario hacerlo "cautiously searching for ways to accommodate this interest to our own tradition". Y, sobre todo, "we must beware of ever again confusing 'world literature' with the literature of our inherited culture", al tiempo que "while working toward global perspectives, we will still need the virtues of precision and integrity our inherited culture has taught us" (1995: 36). La línea que defiende el informe Greene es clara, homogénea y se presenta casi como un grito desesperado: sin jamás cuestionar de plano la amplitud disciplinar que sólo catorce años antes aparecía en Remak como el rasgo de la escuela americana que daría nuevos aires a la anquilosada tradición francesa, es imprescindible que el impulso sea el de signo contrario: el de la contracción y restricción de una disciplina que se les está yendo de las manos.

Anomalía sugerente, el informe correspondiente a 1985 nunca se lleva a cabo. O, más precisamente, según relata Charles Bernheimer, "a third report was written ten years thereafter, but, Stuart [McDougal] disclosed, the chair of that committee was so dissatisfied with the document that he exercised a pocket veto and never submitted it" (1995: ix). Pero en 1988 Clayton Koelb y Susan Noakes compilan un volumen dedicado a la disciplina, *The Comparative Perspective On Literature: Approaches to Theory and Practice* que, me parece, puede en buena medida no sólo suplir el informe de la ACLA sino también echar alguna luz sobre los motivos de su ausencia. Allí no se menciona jamás a los informes anteriores, sólo se menciona, en la introducción, a Levin por su intervención como presidente de la ACLA en el congreso de 1968. Aun así, las intenciones del volumen están en sintonía con el objetivo de los informes, tal como se expone en la introducción: "The idea for the present volume arose from the curiosity of its editors about the current state of Comparative Literature studies in North America" (Koelb & Noakes, 1988: 3). La introducción insiste en un estado de crisis y de transformación. Cabe destacar la sorpresa de sus editores en los términos más concretos en lo que hace a la naturaleza de los estudios que hacen a la disciplina:

When the essays we had solicited began to reach us, we noticed almost immediately that our initial expectations as to the shape of the volume were not being met. We had expected that contributions would fall into the by now well-known kinds of generic categories set forth in standard accounts of the field (for example, studies of influence, of genre, of theme) and that literary theory would be one—a large and distinguished one—among these categories. Instead, we found that most of the essays elude standard scholarly taxonomies and that hardly any of them are theoretical concerns, suggesting that theoretical reflection is pervasive in Comparative Literature today. But they do so almost always in the context of "something else": for example, historical interpretation or rhetorical analysis (1988: 4-5).

Me parece evidente en la cita que pone de manifiesto, podría incluso decirse que hasta con alguna ingenuidad, un desconcierto en torno a cuál es el *métier* del comparatismo, y qué es lo que éste efectivamente hace. Esta introducción de sus editores es uno de los cinco capítulos que conforman una primera parte dedicada al estado actual de la disciplina. En su aporte Lowry Nelson Jr. reivindica y pone en letras de molde la expresión más clara y osada de la expansión absoluta del comparatismo fuera de los límites impuestos por toda frontera disciplinar: "Comparative Literature is *not* a speciality: it is simply a convenient traditional designation for the whole study of the whole of literature so far as one's mind and life can stretch" (1988: 38). Concuerda así en un punto, en realidad, con lo que veíamos en van Tieghem: la única razón que podría existir para una compartimentación de este tipo en los estudios literarios son los límites del alma humana, de los trabajos y de los días. Discute sobre el final la idea de que "Comparative Literature is the special repository of literary theory" (1988: 47). También son los límites de la disciplina y el proceso de ampliación iniciado con Welck el problema central para el trabajo de

Samuel Weber, que intenta responder, a partir de la estética kantiana, a una pregunta: “to what extent can, or should, Comparative Literature become general?” (1988: 60). Wlad Godzich, por su parte, comienza hablando de un comparatismo en riesgo, o en peligro, abrevando en el tópico del doble sentido de la palabra “crisis”, como situación de gravedad y como oportunidad. Su propuesta es que el comparatismo resuelva su crisis tomando para sí un “espacio interdiscursivo” como su campo de estudio, en el que una “monumentalizing view of literature [...] is challenged by emergent literatures” (1988: 35). En términos similares, la colaboración de Frank Warnke sitúa en el centro del problema la constitución del canon comparatista, que debiera expandirse para incluir “the good, and great, figures from the generally ignored smaller literatures”, así como, “as something other than novelty, the masterpieces of the non-Western literary communities” (1988: 55). Estos cinco trabajos muestran, claramente, algunas cosas que están ocurriendo en el comparatismo americano en la década de 1980: 1) Existe un claro desconcierto en torno a los límites, la definición y la naturaleza de la disciplina. 2) Y existe, a su vez y como consecuencia, una clara conciencia de transitar un momento de crisis. 3) Aparece un rasgo que ya hemos visto en la escuela americana: la tendencia al discurso teórico, incluso quizás a diluir la disciplina misma en los terrenos de la teoría. 4) No pareciera existir un acuerdo acerca de cómo responder a estos problemas, ni tampoco una postura que se destaque como hegemónica. 5) Es cada vez más claro el reclamo en torno a la necesidad de trascender el canon y el provincialismo occidental, y avanzar en un comparatismo territorial y lingüísticamente ilimitado. Este desconcierto y desacuerdo generalizado, me parece, puede explicar, de algún modo, los motivos por los que no fue posible que un conjunto de académicos especialmente designados consensuara un documento institucional de diagnóstico satisfactorio que cumpla con el que la ACLA debía elaborar a mediados de la década.

Sí contamos con el informe de la década siguiente. En 1993 se presenta el que reunió a diez especialistas presididos por Charles Bernheimer. El cambio en la naturaleza del informe es profundo, y el síntoma más claro, al menos el que se vuelve visible a primera vista, es el de su publicación. El informe Bernheimer toma forma de libro en 1995 en un volumen titulado *Comparative Literature in the Age of Multiculturalism*. Está precedido por un prefacio, una introducción y por los dos informes anteriores, y le siguen las tres respuestas presentadas en el panel que se le dedicó en la convención de 1993 de la Modern Language Association, además de trece “position papers” redactados por colaboradores invitados. El prefacio está dedicado a narrar el proceso de redacción del informe y publicación del libro y, a pesar de lo que se podría sospechar dada la enorme multiplicidad de textos que conforman el nuevo informe, insiste en la notoria existencia de un “surprising consensus” (Bernheimer, 1995: x) en torno a las direcciones que debía tomar la disciplina. Los tiempos de cambio allí son también claros: para Bernheimer, los informes Levin y Greene “are impressively strong articulations of a view of comparative literature which, in my view, no longer applies to actual practices in the field” (1995: ix).

La introducción trata de narrar la historia del comparatismo americano hasta allí y de resumir el estado actual de las posiciones existentes, asentadas sobre dos asuntos fundamentales: el peso de la deconstrucción (que vale casi en sentido pleno como un sustituto de la palabra “teoría”) y, sobre todo, del multiculturalismo que aparece en el título y de la perspectiva de las “identity politics”. Allí se ve claro que el consenso mentado en el prefacio consistía, básicamente, en abrazar ese desconcierto, que Bernheimer menciona como una “ansiedad” de la disciplina: “In the age of multiculturalism, the comparatist’s anxiety has finally found a field adequate to the questions that generated it” (1995: 16). Toda restricción disciplinar implica una ontologización imposible e indeseable, aserto que atañe no sólo al comparatismo, sino a la literatura misma: “To claim, as we do, that literature is one discursive practice among many is not to attack literature’s specificity but to historicize it” (1995: 15).

El informe Bernheimer propiamente dicho comienza con una lectura declaradamente crítica de los anteriores, especialmente del informe Greene, que, resumido en los mismos términos que presentamos más arriba, quedará presentado como un impulso conservador frente a un cambio que el nuevo informe, por el contrario, viene a consagrar. Ese cambio tiene como patas centrales, como era lógico, lo que vimos como los tres aspectos más sobresalientes de la introducción: 1) el cuestionamiento de la perspectiva eurocéntrica, 2) el de la literatura como objeto único de estudio, que pasa a ser tomada “as one discursive practice among many others” (1995: 42), y 3) la centralidad de la perspectiva teórica.

Es hasta aquí que quería llegar, pero me permito, antes de quedarme en este punto, completar brevemente el recorrido por los dos informes siguientes porque, me parece, muestran que la dirección que queda fijada en el informe Bernheimer es la que seguirá marcando el rumbo del comparatismo norteamericano. El cuarto informe ya no *está incluido* en un libro sino que *es* un libro de 2006 titulado *Comparative Literature in an Age of Globalization* y su responsable, Haun Saussy, no redacta ningún informe, sino que compila y prologa una serie de colaboraciones sin jerarquizar. Dice en el prefacio:

The book, as I dreamt it before any words were actually on paper, would exemplify Heraclitus's 'One differing in itself' and the 'unity of difference and non-difference' proposed by the German Idealists, and would probably provide hints for the development of perpetual-motion and cold-fusion machines as well. (Saussy, 2006: vii).

Una mirada rápida al índice basta para darse cuenta de la centralidad de los tres ejes mencionados arriba: la ampliación del espacio discursivo fuera de las fronteras, si éstas existieran, de la “literatura”, el lugar central asignado a la teoría y el rol fundamental de los estudios culturales, poscoloniales y las “identity politics”, en donde ha tomado un lugar central el feminismo y las reflexiones sobre el mundo globalizado, y en donde se puede percibir nítidamente la conmoción generada por los sucesos ocurridos el 11 de septiembre de 2001.

El último informe, de 2017, fue organizado por nueve especialistas presididos por Ursula Heise. En su principio fue una página en línea que, durante 2014 y 2015, permitía libremente y articulaba un sistema de contribuciones organizado paradigmáticamente por diferentes etiquetas. Dice en su pestaña “About”:

It is, and this is not nothing, the first report to not include a single programmatic statement on the discipline of Comparative Literature. [...] And it is also, finally, the first report to have an open call for contributions and a peer review system, allowing any ACLA member at any rank or from any institution (or indeed our members who live and work outside institutional or university frames) to participate in its production (Heise, 2014).

En 2017 el comité publicó una selección en un volumen titulado *Futures of Comparative Literature: ACLA State of the Discipline Report*, agregando una serie de cinco conversaciones con diferentes figuras de la disciplina y una introducción de Heise, que comienza reflexionando, en el mismo sentido que planteamos acá, sobre la evolución del formato de los informes: “The large number and diverse formats of the contributions already indicate how much the shifting forms of ACLA reports themselves track changes in how comparative literature conceives of itself. It is what the reports say but also how they say it that traces the discipline's dynamic evolution” (Heise et al. 2017: 1). Claramente, el último informe es un avance en la tendencia a la desjerarquización y la multiplicidad que ya mostraban los dos informes anteriores, aunque quizás el volumen y la selección que implica podrían pensarse como un retroceso en relación con la página en línea que le daba toda carnadura antes de su publicación en marzo

14. En realidad, la página sí propone una jerarquía, pero dada *a posteriori*: las pestañas “most read” y “most commented” que organizan las entradas de acuerdo con el peso que han tenido desde su publicación en la página.

de 2017.¹⁴ De cualquier modo, en la introducción, además de comentar la importancia de cuestiones de interés reciente, como los medios masivos, las humanidades digitales o la ecocrítica, Heise define tres puntos fundamentales para el comparatismo de la década, en línea con lo expuesto aquí más arriba y más adelante:

One is the continuing interest in literary theory in its interconnections with philosophy, which runs the gamut from aesthetics [...] to poststructuralism. [...] Postcolonial theory, with its roots in work by distinguished comparatists, such as Edward Said and Gayatri Spivak [...]. World literature, the third theoretical axis, is of more recent vintage as a shaping influence on comparative literature (2017: 3-4).

Tres preocupaciones centrales, entonces, aparecen en el informe Bernheimer y no abandonan ya la escena. La ampliación de las prácticas discursivas que se vuelven objeto de estudio y la laxitud de sus fronteras son un problema que atañe a todos los estudios literarios en la posmodernidad, y por ende va a tener su derrotero, su influencia, sus crisis y sus transformaciones en todo ámbito académico, considere o no una categoría firme de comparatismo. Lo mismo sucede con el auge de la perspectiva teórica, y con la primacía en ella de la deconstrucción y los estudios culturales. Pero sí es necesario decir que son estos dos elementos los que destruyen de una vez por todas la idea del “comparatismo que compara”, y que corren completamente de eje, hasta volverlo fútil, el problema de cuántas veces se cruza o no una frontera nacional. Me parece, de hecho, que esta labilidad de las fronteras no data de 1993 sino que llevaba en ese momento ya varias décadas, y que su gestación era en parte lo que preocupaba tanto al informe Greene ya en 1975 porque veía, y probablemente con razón, que esa amplitud podía conducir al comparatismo a su desaparición. En este sentido, el informe Bernheimer plantea un comparatismo que perfectamente podría diluirse en la teoría y los estudios literarios hasta dejar de existir (véase Gourgouris, 2011: 77).

Sin embargo, es el tercer punto, creo, el que mantiene la disciplina nítida y viva. Porque el impulso fundamental del comparatismo a partir de allí ya no es el de regular cómo se vinculan las literaturas que de otro modo son leídas por separado, sino el de un alegato en favor de las literaturas que *no* son leídas, o que no son leídas sino en una consideración subordinada. El comparatismo multicultural no se preocupa por cruzar fronteras nacionales, sino por cuestionar fronteras hegemónicas, no conecta dos espacios, sino que pone en tensión la virtual existencia de un adentro y un afuera. En muchos sentidos, claro está, pero centralmente, y es lo que nos preocupa acá, en términos geopolíticos y territoriales. Me parece que resulta para esto central pensar qué ocurre con la posibilidad de una perspectiva *global* de la literatura, de una consideración *espacial* de la cultura en la que, como en los mapas medievales, las líneas que conforman el dibujo son más los caminos que las fronteras. Dicho en términos más concretos, ¿cómo llevar a cabo el esfuerzo de abarcar el mundo entero? Me parece que el concepto clave para pensar esa transformación es el de *Weltliteratur*, que nos lleva a un último, y más breve, recorrido histórico.

El famoso pasaje en que Goethe habla a Eckerman en 1827 sobre una novela china y que ha sido tomado como texto fundador del concepto de *Weltliteratur* muestra a las claras que la intención es la de considerar un espacio global, y que no está pensando en términos de fronteras nacionales, ni para encerrarse en ellas ni para cruzarlas:

I am more and more convinced [...] that poetry is the universal possession of mankind, revealing itself everywhere and at all times in hundreds and hundreds of men. [...] But, really, we Germans are very likely to fall too easily into this pedantic conceit, when we do not look beyond the narrow circle which surrounds us. [...] National literature is now rather an unmeaning term; the epoch or World literature is at hand, and everyone must strive to hasten its approach (Goethe, Eckermann, & Soret, 1850: 350-351).

Goethe está pensando en un modo de circulación más que de archivo, una especie de intercambio mundial literario. Lo mismo piensan en 1848 Marx y Engels en su *Manifiesto Comunista*:

En lugar del antiguo aislamiento de las regiones y naciones que se bastaban a sí mismas, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones. Y esto se refiere tanto a la producción material, como a la producción intelectual. La producción intelectual de una nación se convierte en patrimonio común de todas. La estrechez y el exclusivismo nacionales resultan de día en día más imposibles; de las numerosas literaturas nacionales y locales se forma una literatura universal (1997: 26-27).

Tanto en Goethe como en Marx, como se ve, se trata de un síntoma claro de lo que se percibe como moderno y progresivo: la literatura mundial es la literatura del futuro. Pero en nada ese futuro se parece a lo que ocurrió, finalmente, con la consideración de la *Weltliteratur* que encontramos más adelante en el tiempo. Aparece notoriamente domesticada en el texto de Meltzl en 1877 (2009: 47), cuestionada en el de Brandes de 1899 (2009), restringida en sus alcances en el de Texte de 1900 (1904: xxvii), confinada a los Estados Unidos en el de Carré de 1951 (1951: 6).

En 1946 Fritz Strich escribe un libro que se llama *Goethe und die Weltliteratur* (que incluye la selección completa de textos de Goethe que hablan sobre el tema). En 1952 aparece una serie de ensayos dedicados a él, con título *Weltliteratur*. Auerbach presenta allí el texto "Philologie der Weltliterature". Observa allí un achicamiento de las fronteras que conduce a una ampliación del mundo que trae dos problemas. En primer lugar, deriva en una estandarización general que, sospecha Auerbach con resignación, implica una drástica reducción de la diversidad cultural. En segundo lugar, plantea la enorme ampliación del universo de los textos estudiables que se transforma en un corpus inabarcable: "the practical difficulties are truly great. [...] Because [...] of the superabundance of materials, of methods and of points of view, a mastery of that sort has become virtually impossible" (1969: 8). Resuelve este problema a partir de un *ansatzpunkt*, de un punto de partida, pero lo que nos interesa aquí es antes el problema que la solución. Porque lo que el planteo pone en evidencia es que Auerbach no se conforma con incorporar nuevas textualidades, sino que pretende considerarlas con una mirada global similar a la que la filología practicó hasta ese momento.

El artículo de Auerbach en realidad se hace conocido y trascendente en 1969, cuando es traducido al inglés por Edward y su mujer, Maire. Años más tarde Said hablará del trabajo como

a reflection [...] so pessimistic about the onset of all these "new" languages and cultures, most of them non-European, that he had nothing to say about, except that they seemed to frighten him in some way. He had no concept that they might in fact betoken a new level of cultural activity, let's say in the Third World, that was not previously there (2001: 127).

Said muestra claramente una diferencia de impulso, haciendo hincapié, me parece, en una dimensión afectiva que implicaría una división radical de los espíritus: más allá de sus consideraciones a favor o en contra, Auerbach toma con enorme pesimismo aquello precisamente que funda el optimismo, el entusiasmo de la perspectiva multicultural. Y creo que podemos ver los motivos de esos diversos entusiasmos en el problema teórico fundamental que estamos rastreando, dado que, mientras Auerbach está buscando el modo de abarcar esa literatura mundial, la intención de Said es precisamente la contraria. En la definición de su célebre concepto de "crítica secular"

sostiene que ésta “deals with local and worldly situations, and that it is constitutively opposed to the production of massive, hermetic systems” (1983: 26). La mirada crítica es una mirada fragmentaria que no mira el *mundo*, sino *lo mundial de cada situación local*, y renuncia así a las miradas totalizadoras.

Las posturas de Said van a ser un aspecto fundamental de la nutrida polémica en torno a la *Weltliteratur* que se da a partir del año 2000, polémica que, para Ursula Heise, hace de la literatura mundial uno de los grandes ejes del comparatismo de la última década (Heise et al., 2017: 4-7). En ese año Franco Moretti va a publicar en la *New Left Review* un artículo titulado “Conjectures on World Literature” que va a desatar un debate de intensidades llamativas y que ha dado una centralidad al concepto de *Weltliteratur* que, probablemente, no había nunca tenido hasta ese momento. Allí Moretti sostiene: “I think it’s time we returned to that old ambition of *Weltliteratur*: after all, the literature around us is now unmistakably a planetary system. The question is not really what we should do — the question is how”, porque “world literature is not an object, it’s a problem” (2000: 54-55). Un año antes Pascale Casanova había publicado en Francia *La République mondiale des lettres*, pero será su traducción al inglés en 2004 lo que le dará pleno ingreso a una polémica que está muy centrada en la academia norteamericana. Las respuestas que dará al “problema” de Moretti serán similares a las de éste, y es por eso que, en buena medida, con algunas excepciones, ambos serán en conjunto objeto de reacciones. Esos problemas son básicamente dos.

En primer lugar, está la posibilidad de construir la literatura mundial como un sistema. Moretti toma el modelo del “sistema-mundo” de Immanuel Wallerstein: “a system that is simultaneously one, and unequal: with a core, and a periphery (and a semiperiphery) that are bound together in a relationship of growing inequality. One, and unequal: one literature (*Weltliteratur*, singular, as in Goethe and Marx), or perhaps, better, one world literary system” (2000: 55-56), de modo que “world literature was indeed a system — but a system of variations. The system was one, not uniform. [...] the study of world literature is —inevitably— a study of the struggle for symbolic hegemony across the world” (2000: 64). La respuesta de Casanova a esta pregunta, por su parte, se basa en el concepto de mercado de bienes simbólicos de Pierre Bourdieu y sostiene la existencia de una literatura mundial que funciona como una bolsa internacional de intercambios de valores literarios, fuertemente determinada, desde ya, por los movimientos del real y concreto mercado editorial. En palabras de Casanova: “El capital literario reconocido por todos es a la vez lo que se pretende adquirir y lo que se reconoce como condición necesaria y suficiente para participar en el juego literario mundial; permite medir las prácticas literarias con el rasero de una norma declarada legitimada por todos” (2001: 31). El resultado es en ambos casos el mismo: un sistema mundial desigual organizado en espacios hegemónicos y periféricos, que replica en buena medida el sistema mundial de desigualdades políticas, sociales y, sobre todo, económicas.

El segundo problema estaba dado por el volumen del corpus. El pasaje de Moretti citado más arriba, que definía la literatura mundial como un problema, continuaba así: “a problem that asks for a new critical method: and no one has ever found a method by just reading more texts” (2000: 55). Si la inquietud anterior era que el mundo no era (o no se percibía hasta ahí como) sistémica o teóricamente abarcable, el problema que aparece aquí es que no es *humanamente* abarcable. Las dimensiones del objeto que se construye son excesivas para que cualquier lector pueda aprehenderlo razonablemente; como se verá, es el mismo problema que aparecía en Auerbach. La respuesta de Moretti es la categoría por la que será reconocido de ahí en adelante, la que propone el método de la “lectura distante”: “What we really need is a little pact with the devil: we know how to read texts, now let’s learn how not to read them. Distant

reading: where distance, let me repeat it, is a condition of knowledge: it allows you to focus on units that are much smaller or much larger than the text". De ese modo,

Literary history will quickly become very different from what it is now: it will become 'second hand': a patchwork of other people's research, without a single direct textual reading. Still ambitious, and actually even more so than before (world literature!); but the ambition is now directly proportional to the distance from the text: the more ambitious the project, the greater must the distance be (2000: 57).

La propuesta resultó tan novedosa como provocativa, y sin embargo era la misma definición del comparatista, si se recuerda, que daba van Tieghem, con los mismos argumentos. Casanova, por su parte, no hace ninguna declaración de este tipo, pero es evidente que su metodología redonda en un estudio similar: ¿en qué medida, salvo para ejemplificar algunos fenómenos, como hace en la segunda parte de su volumen, una teoría del sistema literario mundial como mercado de bienes simbólicos podría apoyarse en un análisis filológico? Lo que hace Casanova es reducir los casos particulares a un sistema que está por encima de ellos, y es parte de lo que se le ha criticado. Como dice Marcelo Topuzián, para Casanova

el investigador literario no puede descartar el estudio intensivo de las obras, aunque deba renunciar a lo que denomina la 'metafísica de la obra aislada'. De cualquier modo, como sucede en el caso de Bourdieu, las implicaciones teóricas de sus propuestas en relación con el cruce de los niveles micro y macroscópico de análisis no terminan de explicitarse con claridad (2014: 125-126).

Me parece que en ambos puntos se aprecia a simple vista por qué generaron ambos la reacción adversa que les vino en respuesta, que no voy a reseñar aquí y que en muchas ocasiones provino de las grandes figuras del comparatismo (Apter 2003: 253-256; Damrosch 2003: 25-26; Prendergast 2001; Spivak 2003: 107-109, por ejemplo), algunas aún en tiempos muy recientes (Apter 2013; Carvalhão Buescu 2012). No voy a inclinarme aquí por una u otra parte de este debate, pero sí quiero señalar un punto en favor de Casanova y Moretti: ninguno de sus detractores (salvo, quizás, Beecroft 2008; Damrosch 2003) da una solución a los dos problemas que dejamos aquí planteados. Ninguno de sus detractores dice cómo se hace para abarcar un corpus infinito e invertebrado. El problema quizás se vea más nítida y sintomáticamente en la respuesta de Wai Chee Dimock. Expone como argumento principal en contra de la lectura distante, y a favor de su opuesto, el hecho de que "the literary field is still incomplete, its kinship network only partly actualized, with many new members still to be added. Such a field needs to maintain an archive that is as broad-based as possible, as fine-grained as possible" (2006: 90). Dimock responde con una diferencia ideológica, teórica, metodológica, que está enteramente basada en el deber-ser, pero que no atiende, ni siquiera parece percibir, el problema al que la lectura distante de Moretti respondía. Dimock, de hecho, refrenda o agranda el problema: el archivo está efectivamente incompleto, debe ser lo más amplio posible, probablemente es deseable que también sea tan refinado como se pueda, pero eso construye un corpus inabarcable.

Por supuesto, hay quien efectivamente responde que el problema de Moretti no existe o, mejor aún, que no resulta deseable resolverlo. Efraín Kristal (2002) habla en este sentido, pero la respuesta fundamental en este sentido es la de Emily Apter en su libro de 2013, *Against World Literature: On the Politics of Untranslatability*: "I invoke untranslatability as a deflationary gesture toward the expansionism and gargantuan scale of world-literary endeavors" (2013: 2). Como se verá, la declaración de Apter, al igual que la inmensa mayoría de las reacciones contra la literatura mundial de Casanova y Moretti coinciden con lo que aparecía antes en Said:¹⁵ el rechazo contra

15. En efecto, las teorías de Said son absolutamente fundantes para todo el ámbito del comparatismo poscolonial americano (véase Behdad & Thomas, 2011: 8; Neri, 2002: 411).

las visiones de conjunto, contra los intentos de pensar el mundo como algo abarcable, como un sistema global. El impulso de romper, ignorar o ampliar las fronteras impuestas por el eurocentrismo no busca construir otra entidad más amplia, sino abandonar *in toto* ese tipo de entidades. Por otro lado, el único modo de romper esos sistemas reside precisamente en la operación filológica: sólo una mirada al detalle, atenta a los momentos en que el texto cuestione, ponga en jaque, fisure la norma puede mostrar los resquicios por los que se puede atentar contra ese sistema; la lectura distante, destinada a relevar el *grosso modo* en el que los textos se inscriben en la norma, permanece inaceptable.

Ahora bien, lo que no debemos olvidar es que el problema de Moretti era, ante todo, un problema *práctico*. Supongamos que abandonamos la literatura mundial, y por ende no necesitamos ya de ninguna lectura distante. Si pretendemos incluir en el corpus del comparatismo las literaturas marginales no occidentales, y compararlas, por ejemplo, con una literatura occidental, lo que no tenemos ya a disposición allí es el *tertium comparationis*, la bisagra que hace posible establecer una relación entre dos objetos disímiles. Esa había sido, lo vimos, la misión principal del comparatismo, por lo menos hasta finales de siglo XX: encontrar el fondo común sobre el que es posible mirar en conjunto dos literaturas. Para leer simultáneamente poesía palestina y mexicana (porque hay que recordar que Occidente no está solamente conformado por naciones hegemónicas y dominantes) puedo no necesitar una literatura mundial, pero en principio la perspectiva comparatista diría que sí necesito un *sistema-mundo* que cumpla el rol que hasta ahora ocupó el “sistema” occidental.

La respuesta más clara a este problema se encuentra en el ya canónico libro de Gayatri Chakravorty Spivak, *Death of a Discipline*. El título deja bien en claro dónde quedan, para ella, las premisas y operaciones que han regido casi dos siglos de comparatismo (que es, en efecto, la disciplina cuya muerte está decretada en el título). En cuanto a la necesidad de un sistema, Spivak opone a la globalización una “planetariedad”: “If we imagine ourselves as planetary subjects rather than global agents, planetary creatures rather than global entities, alterity remains underived from us; it is not our dialectical negation, it contains us as much as it flings us away” (2003: 73). La propuesta es la de “attempt to track planetarity as making our home *unheimlich* or uncanny” (2003: 74). Es decir, el gesto de ampliar las fronteras hacia geografías más lejanas y más amplias no debe implicar una intención de reunirnos con esas lejanías, ya que eso implicaría disolver la alteridad. La lectura explota la lejanía, en un típico gesto deconstruccionista, para poner en evidencia los supuestos (autoritarios en su fundamento) de la propia identidad: “What I am attempting is to force a reading. I would like to see if the text could possibly sustain the turning of identitarian monuments into documents for reconstellation” (2003: 91).

El problema que quisiera plantear frente a este punto de vista se resume, más o menos, en dos preguntas: ¿Debiera un académico nigeriano leer literaturas de espacios muy ajenos en función de poner en cuestión el sustrato de su propia autoritaria identidad nigeriana? Si fuera así, ¿sería un texto válido para ejercer ese cuestionamiento, digamos, por ejemplo, *Madame Bovary*? Es evidente que es perfectamente posible responder que sí a ambas preguntas, y que probablemente esa respuesta afirmativa derive en aproximaciones sumamente relevantes. Pero resulta también claro que las dos preguntas ponen en evidencia *el margen* de las teorías comparatistas poscoloniales, esa zona que queda dentro del espectro de lo que se está observando pero que no es donde se está poniendo la mirada. Dicho más sencillamente, me parece que la propuesta de todos estos autores implica un punto de vista fijado, y por ende interpela a una comunidad determinada. Otro punto que resulta revelador es el eje temporal: un intento de buscar una comunidad otra que ponga en cuestión la lógica identitaria de la propia no parece interesada en ningún momento en el modo de interpelación que ejercen sociedades tan distantes de nosotros como son las antiguas. En uno de

los “position papers” del informe Bernheimer que comentábamos más arriba David Damrosch muestra con datos contundentes el modo en que el comparatismo a finales del siglo XX estaba concentrando todos sus esfuerzos en literaturas contemporáneas (1995: 123-127). Creo, por ende, que el problema de la diferencia identitaria interesa solamente en el momento en que aparece como síntoma de una hegemonía.

Lo localización puntual de este movimiento anti-identitario se ve de manera particularmente nítida en la escena que ha logrado configurarse en *pathosformel* de la disciplina y condensar la imagen del comparatismo posmoderno: la de Auerbach en Estambul, abordada primero por Said (1983), luego por Aamir Mufti (1998) e insistentemente por Apter (2003, 2006, 2013): qué pasa cuando la teoría y la crítica literarias occidentales se encuentran en un espacio otro. La escena pone en evidencia que no se trata de *cualquier* identidad cultural la que debe ser puesta en cuestión sosteniendo y tensando la alteridad producida por los textos de *cualquier* cultura que se considere fundamentalmente otra. De un lado, una de las máximas autoridades de la filología europea, figura fundante del comparatismo en Norteamérica. Del otro, Turquía:

To any European trained principally, as Auerbach was, in medieval and renaissance Roman literatures, Istanbul does not simply connote a place outside Europe. Istanbul represents the terrible Turk, as well as Islam, the scourge of Christendom, the great Oriental apostasy incarnate. Throughout the classical period of European culture Turkey was the Orient, Islam its most redoubtable and aggressive representative. This was not all, though. The Orient and Islam also stood for the ultimate alienation from and opposition to Europe, the European tradition of Christian Latinity, as well as to the putative authority of ecclesia, humanistic learning, and cultural community. For centuries Turkey and Islam hung over Europe like a gigantic composite monster, seeming to threaten Europe with destruction (Said, 1983: 6).

La oposición identitaria no es cualquiera, sino el núcleo central de la identidad eurocéntrica. Nótese especialmente que el planteo, ya en su primer momento, está encarnado en un sujeto, en un punto de vista caracterizado de antemano que funciona, me parece, como metonimia de las figuras que están en el centro de esa deconstrucción: “cualquier europeo entrenado principalmente en literaturas romances medievales y renacentistas”. Evidentemente el gesto identitario es un gesto contrahegemónico, y está situado, puntuado en una comunidad dominante que se obliga a sí misma a interpelarse a partir de la alteridad de una comunidad dominada. Spivak lo dice en términos claros: “the new Comparative Literature persistently and repeatedly undermine and undo the definitive tendency of the dominant to appropriate the emergent” (2003: 100). Dice al respecto Nora Moll: “se proponen evidenciar [...] la hegemonía cultural del imaginario europeo y los caracteres específicos de las literaturas poscoloniales que se esfuerzan por dar voz a unas entidades [...] precisamente mediante una comparación conflictiva con Europa” (2002: 369). Es decir, curiosamente, la representación social del mundo es la misma que aparecía en Moretti y Casanova: la de un espacio dividido en un espacio hegemónico y otro subordinado. Pero el gesto no fija solamente un punto de vista y una distribución de los espacios de la planetariedad, sino que también construye un corpus deseable que se sitúa de un solo lado de esa distribución:

Can the foothold for planetarity be located in the texts of these spread-out sectors of the world’s literatures and cultures? Perhaps. The new comparatist is not obliged to look for them, of course. One cannot adjudicate the task of an entire discipline, in spite of the efforts of the world literaturists, the Encyclopedists. I think this drastic epistemic change must be imagined by Comparative Literature. But I cannot will everyone to think so (Spivak, 2003: 87).

Vimos al principio de este trabajo que lo que se proponía el comparatismo en Francia en el siglo XIX era encontrar el modo de trascender un espacio delimitado geográfica, cultural, lingüística, nacionalmente, pero, sobre todo, constituido en torno a la primera persona. La literatura nacional era la literatura *propia*, y el salto hacia lo otro era un desafío cuyo impulso nacía ya, al menos, subordinado. Las dificultades de ese salto no estaban dadas por problemas metodológicos, o para construir un objeto, o de falta de una teoría literaria que lo sustentase. La dificultad tomaba la forma de un síntoma, y éste residía en el peso de esa identidad que se volvía sofocante y represiva. Aquello en lo que resulta el comparatismo caso dos siglos más tarde en la academia norteamericana pareciera repetir nuevamente ese síntoma: otra vez existe una identidad propia, en primera persona, que es percibida como opresora y represiva y cuya deconstrucción se apoya sobre la búsqueda de lo que está fuera de ella, de lo que es esencialmente ajeno. Podría pensarse que este síntoma es el que constituye la identidad, valga la paradoja o la ironía, del espacio (término que resulta, entonces, más adecuado que disciplina, metodología u objeto) comparatista: se trataría del espacio analítico que permite poner en tensión una literatura o una cultura propias, que trata de rodear o esquivar la zona en que los textos y discursos construyen (la propia) identidad. Sirve de sustento a esta idea el hecho de que, como vimos, en los momentos en que la disciplina pareciera sentirse liberada de esa presión se siente perdida en el vértigo de la amplitud y la abundancia: es lo que ocurre en la literatura general de van Tieghem, en la revolución norteamericana de Wellek y Remak, en la *Weltliteratur* de Moretti. Deja este trabajo para otra oportunidad, entonces, la pregunta acerca de cómo se ve la literatura, propia y ajena, desde una cultura y una identidad que no es necesariamente opresiva, si es que esto es posible, y especialmente cuando se mira desde el lugar de los oprimidos.

Bibliografía

- » Ampère, J.-J. (1830). *De l'histoire de la poésie: discours prononcé à l'Athénée de Marseille, pour l'ouverture du cours de littérature, le 12 mars 1830*. Marseille: Feissat aîné et Demonchy. Recuperado de <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k1078611/>
- » Apter, E. (2003). "Global Translatio: The "Invention" of Comparative Literature, Istanbul, 1933", *Critical Inquiry*, 29, 2, 253-281.
- » Apter, E. (2006). *The Translation Zone: A New Comparative Literature*. Princeton: Princeton University Press.
- » Apter, E. (2013). *Against World Literature: On the Politics of Untranslatability*. London - New York: Verso.
- » Auerbach, E. (1969). "Philology and Weltliteratur", *The Centennial Review*, 13, 1, 1-17.
- » Bähler, U. (2004). *Gaston Paris et la philologie romane*. Genève: Droz.
- » Baldensperger, F. (1921). "La littérature comparée: Le mot et la chose", *Revue de littérature comparée*, 1, 5-29.
- » Beecroft, A. (2008). "World Literature without a Hyphen: Towards a Typology of Literary Systems", *New Left Review*, 54, 87-100.
- » Beecroft, A. (2013). "Greek, Latin, and the Origins of «World Literature»", *CLCWeb: Comparative Literature and Culture*, 15, 5. Recuperado de <https://docs.lib.purdue.edu/clcweb/vol15/iss5/2>
- » Beecroft, A. (2015). *An Ecology of World Literature: From Antiquity to the Present Day*. London ; Brooklyn, NY: Verso.
- » Behdad, A., & Thomas, D. (Eds.). (2011). *A Companion to Comparative Literature*. Chichester - Oxford - Malden: Wiley-Blackwell.
- » Bernheimer, C. (Ed.). (1995). *Comparative Literature in the Age of Multiculturalism*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- » Bloch, R. H. (1990). "New Philology and Old French", *Speculum*, 65, 1, 38-58.
- » Brandes, G. (2009). "World Literature", en D. Damrosch, N. Melas, & M. Buthelezi (Eds.), *The Princeton sourcebook in comparative literature: from the European Enlightenment to the Global Present*. Princeton: Princeton University Press, 61-66.
- » Carré, J.-M. (1951). "Avant-propos", en M.-F. Guyard, *La littérature compare*. Paris: Presses universitaires de France, 5-6.
- » Carvalhão Buescu, H. (2012). "Pascale Casanova and the Republic of Letters", en T. d'Haen, D. Damrosch, & D. Kadir (Eds.), *The Routledge Companion to World Literature*. New York: Routledge, 126-135.
- » Casanova, P. (2001). *La república mundial de las letras*. Barcelona: Anagrama.
- » Croce, B. (1998). "La literatura comparada", en M. J. Vega & N. Carbonell, *La literatura comparada: principios y métodos*. Madrid: Gredos, 32-35.
- » Damrosch, D. (1995). "Literary Study in an Elliptical Age", en C. Bernheimer (Ed.), *Comparative Literature in the Age of Multiculturalism*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 121-133.

- » Damrosch, D. (2003). *What is world literature?* Princeton: Princeton University Press.
- » De Stäel, G. (1813). *De l'Allemagne*. Londres: John Murray.
- » D'haen, T. (2012). *The Routledge Concise History of World Literature*. London - New York: Routledge.
- » Dimock, W. C. (2006). "Genre as World System: Epic and Novel on Four Continents", *Narrative*, 14, 1, 85-101.
- » Gautier, L. (1865). *Les Épopées françaises: Étude sur les origines et l'histoire de la littérature nationale*, I. Paris: Victor Palmé.
- » Gautier, L. (1870). "Chronique", *Revue des questions historiques*, 9, 495-507.
- » Gayley, C. M. (1903). "What is «Comparative Literature»?", *The Atlantic Monthly*, 92, 56-67.
- » Godzich, W. (1988). "Emergent Literature and the Field of Comparative Literature", en C. Koelb & S. Noakes (Eds.), *The Comparative Perspective on Literature: Approaches to Theory and Practice*. Ithaca: Cornell University Press, 18-36.
- » Goethe, J. W. von, Eckermann, J. P., & Soret, F. J. (1850). *Conversations of Goethe with Eckermann and Soret*, vol. I. (J. Oxenford, Trad.). London: Smith, Elder & Co.
- » Gourgouris, S. (2011). "The Poiein of Secular Criticism", en A. Behdad & D. Thomas (Eds.), *A Companion to Comparative Literature*. Chichester - Oxford - Malden: Wiley-Blackwell, 75-87.
- » Greene, T. (1995). "The Greene Report, 1975: A Report on Standards", en C. Bernheimer (Ed.), *Comparative literature in the age of multiculturalism*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 28-38.
- » Guillén, C. (1985). *Entre lo uno y lo diverso: Introducción a la literatura comparada*. Barcelona: Crítica.
- » Gumbrecht, H. U. (1986). "«Un souffle d'Allemagne ayant passé»: Friedrich Diez, Gaston Paris, and the Genesis of National Philologies", *Romance Philology*, 40, 1, 1-37.
- » Guyard, M.-F. (1951). *La littérature comparée*. Paris: Presses universitaires de France.
- » Heise, U. K. (2014). *ACLA Report on the State of the Discipline 2014-2015*. Recuperado de <https://stateofthediscipline.acla.org/>
- » Heise, U. K., Andrew, D., Beecroft, A., Berman, J. S., Damrosch, D., De Ferrari, G., ... Hayot, E. (Eds.). (2017). *Futures of comparative literature: ACLA state of the discipline report*. London - New York: Routledge.
- » Koelb, C., & Noakes, S. (Eds.). (1988). *The Comparative Perspective on Literature: Approaches to Theory and Practice*. Ithaca: Cornell University Press.
- » Kristal, E. (2002). "«Considering Coldly...»: A Response to Franco Moretti", *New Left Review*, 15, 61-74.
- » Levin, H. (1994). "Comparative Literature at Harvard", en L. Gossman & M. I. Spariosu (Eds.), *Building a Profession: Autobiographical Perspectives on the History of Comparative Literature in the United States*. State University of New York Press, 13-23.
- » Levin, H. (1995). "The Levin Report, 1965: Report on Professional Standards",

- en C. Bernheimer (Ed.), *Comparative literature in the age of multiculturalism*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 21-27.
- » Marcus, S. (2011). "The Theater of Comparative Literature", en A. Behdad & D. Thomas (Eds.), *A companion to comparative literature*. Chichester - Oxford - Malden: Wiley-Blackwell, 136-154.
 - » Marsh, A. R. (1896). "The Comparative Study of Literature", *PMLA*, 11, 2, 151-170.
 - » Marx, K., & Engels, F. (1997). *Manifiesto comunista*. Madrid: Akal.
 - » Massis, H., & de Tarde, A. (1911). *L'Esprit de la Nouvelle Sorbonne (seud. Agathon)*. Paris: Mercure de France.
 - » Massis, H., & de Tarde, A. (1913). *Les jeunes gens d'aujourd'hui (seud. Agathon)* (2.a ed.). Paris: Plon-Nourrit.
 - » Massis, H., & de Tarde, A. (1919). *Les jeunes gens d'aujourd'hui (seud. Agathon)* (11.a ed.). Paris: Plon-Nourrit.
 - » Meltzl, H. (2009). "Present Tasks of Comparative Literature", en D. Damrosch, N. Melas, & M. Buthelezi (Eds.), *The Princeton sourcebook in comparative literature: from the European Enlightenment to the global present*. Princeton: Princeton University Press, 41-49.
 - » Moll, N. (2002). "Imágenes del «otro». La literatura y los estudios interculturales", en A. Gnisci (Ed.), *Introducción a la literatura comparada*. Barcelona: Crítica, 347-389.
 - » Moretti, F. (2000). "Conjectures on World Literature", *New Left Review*, 1, 54-68.
 - » Mufti, A. R. (1998). "Auerbach in Istanbul: Edward Said, Secular Criticism, and the Question of Minority Culture", *Critical Inquiry*, 25, 1, 95-125.
 - » Nelson Jr., L. (1988). "Defining and Defending Comparative Literature", en C. Koelb & S. Noakes (Eds.), *The Comparative Perspective on Literature: Approaches to Theory and Practice*. Ithaca: Cornell University Press, 37-47.
 - » Neri, F. (2002). "Multiculturalismo, estudios poscoloniales y descolonización", en A. Gnisci (Ed.), *Introducción a la literatura comparada*. Barcelona: Crítica, 391-439.
 - » Posnett, H. M. (1886). *Comparative Literature*. London: Kegan Paul, Trench & Co.
 - » Prendergast, C. (2001). "Negotiating World Literature", *New Left Review*, 8, 100-121.
 - » Remak, H. H. H. (1998). "La literatura comparada: Definición y función", en M. J. Vega & N. Carbonell, *La literatura comparada: principios y métodos* Madrid: Gredos, 89-99.
 - » Said, E. W. (1983). *The World, the Text, and the Critic*. Cambridge: Harvard University Press.
 - » Said, E. W. (2001). *Power, Politics, and Culture: Interviews with Edward W. Said*. (G. Viswanathan, Ed.). New York: Vintage Books - Random House.
 - » Saussy, H. (Ed.). (2006). *Comparative Literature in an Age of Globalization*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
 - » Sinopoli, F. (2002). "La historia comparada de la literatura", en A. Gnisci (Ed.), *Introducción a la literatura comparada*. Barcelona: Crítica, 23-69.
 - » Spivak, G. C. (2003). *Death of a discipline*. New York: Columbia University Press.

- » Texte, J. (1904). "Introduction", en L.-P. Betz, *La littérature comparée: Essai bibliographique*. New York: Greenwood Press, xxiii-xxviii.
- » Texte, J. (1998). "Los estudios de literatura comparada en el extranjero y en Francia", en M. J. Vega & N. Carbonell, *La literatura comparada: principios y métodos*. Madrid: Gredos, 21-25.
- » Topuzian, M. (2014). "La literatura mundial como provocación de los estudios literarios", *Chuy. Revista de estudios literarios latinoamericanos*, 1, 94-138.
- » van Tieghem, P. (1946). *La littérature comparée*. Paris: A. Colin.
- » van Tieghem, P. (1947). *Le préromantisme: Études d'histoire littéraire européenne*, I. Paris: SFELT.
- » Villemain, A.-F. (1850). *Cours de littérature française. Tableau de la littérature du Moyen âge en France, en Italie, en Espagne et en Angleterre*, I. Paris: Didier.
- » Warnke, F. J. (1988). "The Comparatist's Canon: Some Observations", en C. Koelb & S. Noakes (Eds.), *The Comparative Perspective on Literature: Approaches to Theory and Practice*. Ithaca: Cornell University Press, 48-56.
- » Weber, S. (1988). "The Foundering of Aesthetics: Thoughts on the Current State of Comparative Literature.", en C. Koelb & S. Noakes (Eds.), *The Comparative Perspective on Literature: Approaches to Theory and Practice*. Ithaca: Cornell University Press, 57-72.
- » Weisstein, U. (1975). *Introducción a la literatura comparada*. Barcelona: Planeta.
- » Wellek, R. (1963). "The Crisis of Comparative Literature", en *Concepts of Criticism*. New Haven and London: Yale University Press, 282-295.
- » Woodberry, G. E. (1973). "Editorial", en H. J. Schulz & P. H. Rhein, *Comparative Literature: The Early Years. An Anthology of Essays* Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 211-214.